

Este texto está protegido por la ley de derechos de autor. No está permitido ningún tipo de adaptación ni uso sin el permiso correspondiente. El incumplimiento de esta prohibición y el uso del texto sin el permiso correspondiente constituirán una violación de la ley de derechos de autor, o bien de los derechos relacionados con dicha ley, y comportarán responsabilidades civiles y penales. En el caso de estar interesado en utilizar este texto, deberá dirigirse a los representantes legales correspondientes.



XXII Premio SGAE de Teatro

**ANTONIO
MORCILLO LÓPEZ**
Bangkok

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

BANGKOK

Primera edición, 2014

© De *Bangkok*: Antonio Morcillo López

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2014

Coordinación editorial: Pilar López.

Diseño gráfico y maquetación: José Luis de Hijes. Corrección: Susana Pulido.

Logotipo de la colección: Francisco Nieva. Procesos digitales de edición: bolchiroservicios.com. Imprime:

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-859-4

D L: M-29360-2014

Dramatis personae

GUARDIA DE SEGURIDAD: *treinta y cuatro años*

VIAJERO: *sesenta y ocho años*

La acción transcurre en algún lugar de la geografía española.

Aeropuerto vacío. Terminal. Largas hileras de asientos. Detrás de ellas y en perpendicular, unos grandes ventanales tamizan la luz de un día soleado. Fuera, un halcón con caperuza vuela majestuosamente. Un viajero lo observa de pie, de espaldas al público. Cerca de él hay una maleta con ruedas. Encima de ella y bien doblada, una gabardina de color marrón claro. Al rato aparece un guardia de seguridad. Se sorprende al ver al viajero. Después de mirar en derredor suyo, se queda observando con curiosidad la figura del viajero. El guardia lleva en la mano izquierda un guante de cetrería. El viajero todavía sigue en silencio el vuelo del halcón, hasta que este desaparece súbitamente por un costado.

GUARDIA.— ¿Qué hace usted aquí?

VIAJERO.— ¿Yo? Esperando.

GUARDIA.— ¿Esperando? ¿Qué está esperando?

VIAJERO.— Mi avión.

Silencio.

GUARDIA.— Lo siento, pero no puedo dejarle pernoctar en el aeropuerto. No está permitido.

VIAJERO.— No quiero pernoctar en el aeropuerto.

GUARDIA.— Me echarían a la calle.

VIAJERO.— Le digo que no quiero quedarme a dormir en este aeropuerto. Quiero ir a Bangkok.

GUARDIA.— Bangkok.

VIAJERO.— Bangkok. Tailandia. Salida prevista a las 14.00 h. Sunrisefly.

GUARDIA.— ¿Sunrisefly?

VIAJERO.— ¿Por qué no están encendidas las pantallas? ¿Por qué no hay nadie?

Silencio.

GUARDIA.— ¿Puedo ver su tarjeta de embarque?

VIAJERO.— Por supuesto.

El viajero busca en uno de los bolsillos de la gabardina, saca un papel y se lo entrega. El guardia lo lee con detenimiento.

GUARDIA.— ¿De dónde ha sacado esto?

VIAJERO.— De Internet. *(Pausa)* ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

GUARDIA.— ¿Cuánto ha pagado por su billete?

VIAJERO.— Mil quinientos euros, ida y vuelta, hotel incluido.

GUARDIA.— Un chollo, ¿no?

VIAJERO.— Con el desayuno.

GUARDIA.— Ya. Huevos revueltos, beicon y cruasanes de chocolate. Escuche...

VIAJERO.— ¿Por qué lleva ese guante?

GUARDIA.— Para los halcones.

VIAJERO.— ¿Los halcones? ¿Qué halcones?

GUARDIA.— Los halcones que tenemos en el aeropuerto. *(Pausa)* Mucha gente no lo sabe, pero los halcones son imprescindibles para el buen funcionamiento del tráfico aéreo. ¿Le suenan los sisones? ¿Unos pájaros muy cabrones de cuello negro y blanco? *(Silencio)* Los sisones se meten en los motores de los aviones y pueden provocar una desgracia. Cuando vuelan hacen así. *(Extiende los brazos e imita el vuelo de un pájaro)* Zzzzzzssssssssssssssssiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

VIAJERO.— ¿Y los halcones se los zampan?

GUARDIA.— Exacto. Cuestan una pasta, pero merece la pena.

VIAJERO.— ¿Y usted los entrena?

GUARDIA.— Yo los entreno y los cuido, sí.

VIAJERO.— ¿Guardia? ¿Desde cuándo los guardias de seguridad entrenan halcones en los aeropuertos?

GUARDIA.— ¿Desde cuándo?

VIAJERO.— Sí, ¿desde cuándo?

GUARDIA.— No sé. Quizá desde que todo se ha ido a la puta mierda. ¿Desde cuándo? No sabría darle una fecha. ¿1588? ¿1898? O quizá 1939. Por ahí.

VIAJERO.— Entiendo. Reducción de costes. La crisis económica.

GUARDIA.— Reducción de costes, la crisis económica y un curso de fin de semana sobre los aspectos fundamentales de la cetrería.

Adaptarse o morir. También me encargo de los hurones. Pero son más aburridos. Antes éramos diez vigilando el aeropuerto. Ahora solo quedamos Wei y yo. Y como a Wei le dan un asco tremendo los animales, me encargo yo. Parece ser que los chinos son así. Bueno, los chinos de la región de Wei son así. China es muy grande. Quizá en Pekín amen a los hurones, no lo sé.

VIAJERO.— ¿Y qué hacen los hurones?

GUARDIA.— Los hurones también son capitales para el buen funcionamiento del tráfico aéreo. Toda la fauna que rodea a un aeropuerto lo es, por supuesto. Pero los hurones especialmente, porque se encargan de liquidar a la comunidad de conejos. Las madrigueras pueden destrozarse las pistas de aterrizaje. Todo el cableado de tierra. Un desastre.

VIAJERO.— ¿Otro curso de fin de semana sobre los aspectos fundamentales del hurón?

GUARDIA.— O lo tomas o lo dejas.

VIAJERO.— Y como tú hay cincuenta mil esperando.

GUARDIA.— Y encima tienes que dar las gracias.

VIAJERO.— Este aeropuerto es un zoológico.

GUARDIA.— No. Es una historia muy larga.

VIAJERO.— Oiga, ¿dónde están los otros viajeros?

GUARDIA.— ¿Los otros viajeros?

VIAJERO.— Es casi la hora. Y no hay nadie en la puerta de embarque. Además, aunque no se lo crea, no había nadie en el *check in*. Nadie. He pasado sin problemas. Podría haber llevado una bomba. O una pistola. Nadie me ha controlado el equipaje. Entiendo que

haya reducción de personal y todo eso, pero ¿no podrían reducir la plantilla de halcones y hurones y contratar a alguien para hacer el *check in*?

GUARDIA.— Buena pregunta.

VIAJERO.— No estoy pidiendo nada del otro mundo.

GUARDIA.— En absoluto.

VIAJERO.— ¿Quiere usted revisar mi equipaje?

GUARDIA.— No estoy autorizado para hacerlo.

VIAJERO.— ¿Quiere cachearme?

GUARDIA.— No estoy autorizado. Lo siento.

VIAJERO.— Muy bien. De acuerdo. Luego no se quejen todos ustedes si el avión estalla a dos mil pies de altura.

GUARDIA.— No se preocupe por eso.

VIAJERO.— Espero que en el aeropuerto de Bangkok haya más personal contratado, la verdad.

GUARDIA.— Y aviones.

VIAJERO.— Y aviones. ¿Qué quiere decir con eso?

GUARDIA.— Eche un vistazo. ¿Cuántos aviones ve usted ahí fuera? Así, de primeras.

VIAJERO.— ¿Qué quiere decir con *aviones*?

GUARDIA.— Quiero decir esos artefactos de la era moderna con forma cilíndrica y dos prolongaciones planas que surgen de los late-

rales, la mayoría de las veces desplazándose a velocidad supersónica por el espacio, ¿cuántos ve usted?

VIAJERO.— Bueno... que yo pueda apreciar, así a bote pronto... ninguno... no veo ningún avión por aquí. Deben de estar en los hangares.

GUARDIA.— En los hangares... ¿De dónde coño sale usted? Coja sus cosas y márchese de una vez. Venga.

VIAJERO.— ¿Cómo?

GUARDIA.— Váyase a su casa. Aquí no hay ningún avión. El aeropuerto no está operativo.

VIAJERO.— ¿Y mi vuelo?

GUARDIA.— ¿Su vuelo? ¿Qué vuelo? Su vuelo no existe. Le han estafado, señor. Ha pagado mil quinientos euros por un vuelo inexistente que sale de un aeropuerto que no tiene aviones.

Silencio.

VIAJERO.— ¿Y qué hago yo ahora?

GUARDIA.— Muy sencillo. Tiene que abandonar las instalaciones.

VIAJERO.— No puedo.

GUARDIA.— Sí que puede. Acompañeme, por favor.

VIAJERO.— Un momento, un momento... esto... esto no está pasando, ¿de acuerdo? Tengo un billete. Un billete legal. Tengo derecho a viajar. ¿Qué pasa con los halcones? ¿Qué pasa con los hurones? ¿Por qué entrena usted halcones si de verdad no hay aviones en este aeropuerto? ¿Qué... qué pasa aquí realmente? Quiero hablar con el responsable de SunriseFly y que me indemnicen de alguna manera. O que me cambien el vuelo. O algo.

GUARDIA.— Escuche: lo único que puede hacer en este aeropuerto es ir al cuarto de baño. ¿Quiere ir al cuarto de baño? Yo le acompaño.

VIAJERO.— No. Tengo que ir a Bangkok.

GUARDIA.— ¡Escuche, no puede ir a Bangkok! ¡Tendría que salir volando como un halcón! ¡Y usted no es un halcón! ¡Es un pobre idiota al que han engañado de la manera más estúpida! ¡Un viejo ignorante, eso es lo que es usted! (*Silencio*) Perdone. Perdóneme. En serio. No quería decir lo que he dicho. Usted no tiene la culpa.

VIAJERO.— Sí, sí la tengo. Soy un idiota.

GUARDIA.— No. Esto le puede pasar a cualquiera.

VIAJERO.— ¿En serio?

GUARDIA.— No. Quiero decir sí. Se aprovechan de la gente. Eso es todo. Esos cabrones no ven personas, sino euros. Están enfermos. Vivimos en un mundo completamente mercantilizado, sabe usted. Ya no hay personas, sino colectivos que generan demasiados gastos. Sujetos a los que se les puede aplicar un impuesto por el mero hecho de estar respirando. Es terrible. Pero no se preocupe.

VIAJERO.— ¿No?

GUARDIA.— No. Pronto todo esto cambiará por completo.

VIAJERO.— ¿Recuperaré mi dinero?

GUARDIA.— No me refiero a eso.

VIAJERO.— ¿A qué se refiere?

GUARDIA.— Pronto habrá un cambio sustancial en el orden de los valores.

VIAJERO.— Ya. ¿Y entonces recuperaré mi dinero?

GUARDIA.— No. Tampoco.

VIAJERO.— Entonces, ¿de qué me sirve que haya un cambio sustancial en el orden de los valores?

GUARDIA.— Por el momento de nada, pero piense en el largo plazo.

VIAJERO.— ¡No tengo tiempo! ¡Quiero mi dinero ahora!

GUARDIA.— Yo no estoy hablando de su dinero.

VIAJERO.— ¿Ah, no?

GUARDIA.— No. Estoy hablando de cómo la mercantilización imperante en nuestra sociedad dará paso a un nuevo amanecer basado en la empatía y la equidad entre iguales.

VIAJERO.— ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

GUARDIA.— Eso tiene que ver con todos.

VIAJERO.— ¿Dónde está su jefe? Quiero hablar con él.

GUARDIA.— Aquí no hay nadie.

VIAJERO.— ¿Dónde está la oficina de Sunrisefly? Quiero hablar con el responsable. Ellos me han vendido el billete.

GUARDIA.— Nunca he oído el nombre de esa compañía. Aquí, por lo menos, no tienen oficina. ¿Y sabe por qué estoy tan seguro? Porque aquí no hay ninguna oficina de ninguna compañía aérea. Nunca ha habido ninguna.

VIAJERO.— No hay derecho.

GUARDIA.— Por el momento.

VIAJERO.— Hijos de la gran puta.

GUARDIA.— Es para cabrearse.

VIAJERO.— Es para matarlos a golpes.

GUARDIA.— Es para cantarles la cuarenta.

VIAJERO.— Es para arrancarles los dientes con unas tenazas.

GUARDIA.— Es para mandarlos a la mierda.

VIAJERO.— Es para sacarles los intestinos y estrangularles.

GUARDIA.— Ok, yo creo que ya... ya...

VIAJERO.— Es para rebanarles la polla y metérsela por el culo después de haberlos castrado con una cuchilla desdentada.

GUARDIA.— ... ya, ya tienen suficiente, ¿no?

VIAJERO.— Coger una Black & Decker y taladrarles el cuerpo, luego verter ácido sulfúrico en los agujeros y dejar que se fundan lentamente como un queso suizo y lanzarlos por el retrete.

GUARDIA.— Escuche...

VIAJERO.— Eso es lo que se merecen. Los muy cabrones.

GUARDIA.— ¡¡Escuche!!

VIAJERO.— ¿Qué? No me grite, ¿de acuerdo? Le oigo perfectamente.

GUARDIA.— Perdone. (*Pausa*) ¿Por qué quiere ir usted a Bangkok?

VIAJERO.— Creo que es un buen sitio para desaparecer.

GUARDIA.— ¿Entre la gente, quiere decir?

VIAJERO.— No. Físicamente, quiero decir.

Silencio.

GUARDIA.— Ya. Oiga... ni se le ocurra hacer una tontería en Bangkok, ¿de acuerdo? Allí las autoridades se toman muy en serio lo de lastimarse uno mismo. Tampoco en este aeropuerto, por favor. No tenemos ni botiquín. El otro día Wei se abrió la ceja al caer del patinete y no teníamos ni tiritas para taponarle la brecha.

VIAJERO.— ¿Dónde está Wei?

GUARDIA.— En la otra punta. Durmiendo, lo más seguro. Acaba de tener gemelos.

VIAJERO.— ¿Y usted? ¿Tiene hijos?

GUARDIA.— Uno. De cuatro años. ¿Y usted?

VIAJERO.— Uno también. (*Pausa*) Hace tiempo que ha dejado el nido.

GUARDIA.— ¿Y a qué se dedica?

VIAJERO.— Ingeniero.

GUARDIA.— ¿Con familia?

VIAJERO.— No... Estuvo casado, pero se divorció. Ahora no sé con quién está.

GUARDIA.— ¿Hablan a menudo?

VIAJERO.— Sí. Es difícil. Los dos viajamos mucho. Pero estamos en contacto.

GUARDIA.— Cuando crecen todo cambia.

VIAJERO.— Lo curioso es que ahora lo extraño mucho más que cuando era pequeño. Cuando era pequeño estaba demasiado ocupado trabajando. Ahora tengo muchas ganas de hablar con él. De contarle cosas. Sobre todo por las noches.

GUARDIA.— Seguro que él también tiene ganas de contarle cosas.

VIAJERO.— Sí, seguro. Está deseándolo.

GUARDIA.— Puede que ahora mismo esté en Bangkok, quién sabe.

VIAJERO.— Quién sabe.

GUARDIA.— Sería divertido que fuera a Bangkok y se encontrara con su propio hijo por la calle.

VIAJERO.— Sí, sería muy divertido.

Silencio.

GUARDIA.— ¿Qué pasa? ¿No sería divertido?

VIAJERO.— Sí, mucho. Nos lo pasaríamos en grande.

Silencio.

GUARDIA.— ¿He metido la pata?

VIAJERO.— No, en absoluto.

GUARDIA.— ¿Sabe? A veces traigo a mi hijo al aeropuerto y le enseño los halcones. Le encantan.

VIAJERO.— Seguro que aquí, los dos solos, se lo pasan muy bien.

GUARDIA.— Es divertido.

VIAJERO.— Parece usted un buen padre.

GUARDIA.— Hago lo que puedo.

VIAJERO.— Sí, seguro que sí. (*Pausa*) Yo no creo que hiciera todo lo que pude en su momento. Ni mucho menos.

GUARDIA.— No es fácil.

VIAJERO.— Usted lo hace.

GUARDIA.— Yo trabajo en un aeropuerto vacío.

VIAJERO.— ¿Le gusta trabajar aquí?

GUARDIA.— ¿Qué quiere que le diga? Yo estudié Filología Hispánica, Ciencias Políticas y Economía. Soy doctor en Historia de la Economía por la London School of Economics y durante un par de años fui investigador asociado en el Centre for Economic Policy Research y en el Instituto Madrileño de Estudios Avanzados. Luego hice un máster en Business Administration, otro en Estrategias de Inversión y Gestión Financiera y otro en Relaciones Internacionales y Gobernanza Mundial: Nuevos Retos en el Nuevo Milenio. Soy experto en Nuevas Tecnologías de la Información y diseño de páginas web. Hablo inglés, francés, neerlandés, alemán e italiano, y Wei me está enseñando algo de mandarín en los ratos libres. Ahora estoy estudiando cuarto de Derecho en la universidad a distancia, por si las moscas. Por lo demás, tengo dos novelas acabadas e inéditas y una tercera en la que estoy encallado. Estoy pensando en escribir un poemario para el año que viene, pero ya veremos si tengo tiempo. (*Silencio*) ¿Que si me gusta trabajar aquí? En cierto sentido, me apasiona, pero también me angustia. Las dos cosas. Es como estar dentro de un sueño. Nunca terminas de

creértelo. ¿Es real este aeropuerto? ¿En serio lo han construido? ¿Estoy aquí, disfrazado de guardia, hablando con usted o todavía sigo en la cama, durmiendo? ¿Puede ser que yo haya acabado como guardia con un currículum tan espectacular como el mío? ¿Qué es más real, mi currículum o este aeropuerto? ¿No estoy dando clases de economía aplicada en alguna universidad estadounidense? ¿Qué estoy haciendo *realmente* mientras creo que estoy aquí, encargándome de los halcones y los hurones? ¿Ve por dónde voy? Es todo demasiado absurdo para que sea verdad. Tiene que ser un sueño, me digo cada mañana cuando veo la indicación de *Aeropuerto* en la autopista y giro a la derecha. Tiene que ser un sueño, me digo cuando regreso a casa por la noche y le hablo a mi hijo de los halcones y los hurones, antes de darle un beso de buenas noches. Pero el caso es que parece verdad. Verdad de la buena. Este vestíbulo parece real. Usted parece real. O, por lo menos, tan real como Wei. ¿En serio nos pagan por no hacer nada? Y, sobre todo, ¿cuánto puede durar esto? Pero sí. A veces me siento donde estamos ahora y me quedo mirando el cielo un buen rato. Entonces tengo la sensación de que debo de formar parte de algún *think tank* de carácter internacional y que estoy reflexionando con todo mi equipo de investigadores sobre el futuro de Europa en el marco de la crisis económica mundial. Un asunto fascinante. Me absorbe por completo. Analizo con mi equipo de investigadores las diferentes perspectivas geopolíticas del tema. A veces no estamos para nada de acuerdo. Discutimos. Incluso llegamos a las manos. Europa es un tema delicado. Luego nos tomamos un café y nos relajamos un poco. Somos todos científicos educados, pero apasionados, eso sí. Hay una becaria tailandesa que me pone a cien. No debe de tener más de veinte años, pero ya ha recorrido medio mundo. Se nota que ha follado largo y tendido con toda clase de hombres y mujeres. Lo noto por cómo se mueve, por cómo me mira. No se mueve, se menea de forma sutil y suntuosa, ¿sabe de lo que estoy hablando? Pero no sé cómo abordarla. Además tuvimos un caso de acoso laboral muy desagradable el año pasado. No quiero perder el puesto por un polvo rápido en el lavabo. No quiero perder a mi familia. Prefiero masturbarme pensando en Kulap, que así se llama la chica. Ella sabe

algo de mí que yo desconozco. Ella guarda un secreto que me compromete. Me deja enigmáticas notas al respecto en mi despacho. Me escribe mensajes electrónicos algo sardónicos. A veces insinúa que, en realidad, no soy un prestigioso investigador elucubrando sobre el futuro del viejo continente, sino un guardia de seguridad en un aeropuerto vacío en medio de la nada. Esto me desconcierta por completo. A veces sospecho que mis compañeros también lo saben. En todo caso, estoy seguro de que Kulap no dirá una palabra al respecto. No me pregunte por qué, pero cuando la miro a los ojos durante nuestras reuniones lo sé. Quizá sea amor, me digo a mí mismo. Quizá eso sea el verdadero amor, ¿no cree?

VIAJERO.— Estoy seguro de ello.

GUARDIA.— Es lo que yo pensaba. *(Pausa)* ¿Y usted?

VIAJERO.— ¿Yo, qué?

GUARDIA.— ¿A qué se dedica?

VIAJERO.— Yo no he estudiado tanto como usted.

GUARDIA.— ¿Y eso qué importa?

VIAJERO.— Gestiono equipos operativos.

GUARDIA.— Y eso, ¿en qué consiste?

VIAJERO.— Ejecuto proyectos.

GUARDIA.— Ya veo. ¿Y qué clase de proyectos?

VIAJERO.— Todo tipo de proyectos.

GUARDIA.— Entiendo. ¿Infraestructuras, eventos, comunicaciones...?

VIAJERO.— Sí. Mientras paguen bien.

GUARDIA.— ¿Y pagan bien?

VIAJERO.— A veces. No siempre.

GUARDIA.— Vaya, debe de ser apasionante.

VIAJERO.— ¿El qué?

GUARDIA.— La gestión de equipos operativos.

VIAJERO.— No. Es más bien aburrido. Últimamente improviso bastante para no aburrirme tanto. Le echo imaginación al asunto. La monotonía es terrible.

GUARDIA.— Dígamelo a mí. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la gestión de equipos operativos?

VIAJERO.— No recuerdo haber hecho otra cosa en mi vida. Antes era así. En cierto sentido, tú no elegías el oficio, era el oficio el que te elegía a ti. Por decirlo de alguna manera, el oficio era un pretendiente ya maduro y tú eras la novia aún virgen, imberbe. Y de la misma manera que una muchacha recién casada aprende los gustos y el carácter de su marido con el día a día, nosotros aprendíamos el oficio a base de hacerlo. Nos equivocábamos mucho, por supuesto. Y recibíamos muchas hostias. Pero sabías que aquello te acompañaría hasta el final de tus días. Y entonces podías decir bien alto: “Yo, señores, sé hacer esto. Sé construir un muro, arreglar una radio, servir un café perfecto”. Eso te daba una seguridad tremenda. (*Pausa*) Parece que esté hablando de la Edad Media, pero no hace tanto de esto... Ni se te pasaba por la cabeza dejar el trabajo, divorciarte, por así decirlo... No podías quedarte sin hacer nada. Eso era pecado. No es como ahora, que todo el mundo parece estar viviendo un año sabático sin haber puesto un clavo en su vida. La gente no tenía que irse a la otra punta del mundo a pensar qué era lo que verdaderamente quería hacer, porque la

gente se pasaba todo el día haciendo, aprendiendo. Ahora todo el mundo se dedica a conocerse a sí mismo, pero nadie sabe hacer una puta mierda. Ahora la gente se va a la tumba y lo único que puede decir es: “Señores, he dedicado los mejores años de mi vida a buscarme, sin encontrarme del todo: no me vengan ahora con que ponga un clavo. Señores, gracias a la Seguridad Social, por fin sé quién soy. Le estaré siempre inmensamente agradecido”. (*Pausa*) Lo que quiero decirle es que en mis tiempos uno sabía quién era porque dominaba un oficio. Siempre el mismo. Y una cosa estaba ligada a la otra. Pensar que uno puede llegar a saber quién es sin tener trabajo, o trabajando de cualquier cosa mientras va de un sitio para otro sin importarle hacer las cosas mal o bien, no solo es una estupidez: es un crimen.

GUARDIA.— ¿Cuántos años tiene usted?

VIAJERO.— Sesenta y ocho. Y un marcapasos.

GUARDIA.— A mi padre también le pusieron uno. Con sesenta y cinco.

VIAJERO.— La vida se ve diferente cuando te meten mano ahí dentro.

GUARDIA.— Te lo tomas todo con más calma, ¿verdad? (*Silencio*) Escuche, si quiere quedarse a dormir, quédese. A tomar por culo.

VIAJERO.— No quiero quedarme. Quiero ir a Bangkok.

GUARDIA.— Yo solo se lo digo para que lo sepa, ¿de acuerdo? Usted haga lo que quiera.

VIAJERO.— ¿Y qué dirá Wei? ¿Le parecerá bien?

GUARDIA.— ¿Wei? Wei hace lo que yo le digo.

VIAJERO.— Gracias. Es usted muy amable.

GUARDIA.— No se trata de amabilidad, sino de humanidad.

VIAJERO.— Habla usted como un filósofo.

GUARDIA.— No es la primera vez que me lo dicen.

VIAJERO.— ¿Qué es lo que le ha hecho cambiar de opinión?

GUARDIA.— ¿Y siempre ha trabajado para la misma empresa?

VIAJERO.— ¡No, qué va! Trabajo por obra y servicio. Así es la gestión de equipos operativos. Aunque con algunos de mis clientes llevo colaborando más de cuarenta años. Cómo pasa el tiempo, Dios mío...

GUARDIA.— Cuarenta años...

VIAJERO.— Estoy cansado, la verdad.

GUARDIA.— Es muy cansado hacer siempre lo mismo.

VIAJERO.— Es peor no hacer nada.

GUARDIA.— Lo verdaderamente horrible es no hacer nada y hacer siempre lo mismo, ¿no?

VIAJERO.— ¿Lo dice por propia experiencia?

GUARDIA.— No. Estoy filosofando.

VIAJERO.— Entiendo. Pero lleva razón. La rutina me mata.

GUARDIA.— Debería reciclarse, aprender otras habilidades.

VIAJERO.— ¿A estas alturas? No, gracias.

GUARDIA.— ¿Por qué no?

VIAJERO.— ¿No ha escuchado lo que he dicho antes? No tengo otras habilidades. Y no quiero tenerlas. Estoy bien como estoy.

GUARDIA.— De acuerdo. Pero quizá ha llegado el momento de probar otras cosas. No sé. Usted mismo lo ha dicho: está cansado y aburrido. Seguro que ha bajado su rendimiento.

VIAJERO.— Usted no sabe nada de mi rendimiento.

GUARDIA.— Es cierto. No tengo ni idea.

VIAJERO.— Mi rendimiento sigue siendo excelente.

GUARDIA.— Perdone. Decir eso ha sido una tontería.

VIAJERO.— Exacto. Una tontería.

GUARDIA.— Lo siento. Solo digo que ninguno de nosotros es verdaderamente consciente de todo lo que puede llegar a hacer en la vida. Podemos sorprendernos a nosotros mismos. Nunca es tarde para intentarlo. Solo hay que estar abiertos y escuchar a nuestro interior.

VIAJERO.— ¿Ahora está filosofando o hablando por propia experiencia?

GUARDIA.— Las dos cosas. *(Pausa)* En realidad es algo que leí una vez en *El País Semanal*.

VIAJERO.— Yo no sabría cómo hacer eso.

GUARDIA.— ¿El qué?

VIAJERO.— Escuchar mi interior.

GUARDIA.— No hay ninguna guía.

VIAJERO.— A mí me suena igual de raro que decir “escucha a tu páncreas” o “a tu médula ósea”. No sé qué tienen que decir mi páncreas ni mi médula ósea de mí.

GUARDIA.— No es exactamente lo mismo.

VIAJERO.— “Escucha a tu perineo”. Absurdo.

GUARDIA.— No lo entiende.

VIAJERO.— “Tiene algo muy importante que decirte. Corre”.

GUARDIA.— “Escucha a tu interior” es lo mismo que decir “escucha a tu verdadero yo”.

VIAJERO.— Aún peor. “Escucha a un pronombre”. ¿Qué es eso?

GUARDIA.— ¿Lo ha hecho alguna vez? ¿Lo ha intentado siquiera? (*Silencio*) Quizá el hecho de que ahora esté aquí, el hecho de que quisiera irse a Bangkok y dejarlo todo, es un indicio de que ha comenzado a estar en comunicación con su verdadero yo, ¿no cree? El síntoma de que se está produciendo un cambio. ¿Está usted casado?

VIAJERO.— ¿Y eso qué tiene que ver?

GUARDIA.— ¿Por qué viaja solo?

VIAJERO.— ¿Y a usted qué le importa? (*Silencio*) Mi mujer murió.

GUARDIA.— Lo siento.

VIAJERO.— No se preocupe. Ya hace muchos años. He tenido tiempo para recuperarme. A veces pienso que no lo he conseguido del todo.

GUARDIA.— Mis padres todavía viven.

VIAJERO.— Me alegro por usted.

GUARDIA.— Quiero decir... aún no sé lo que es perder a un ser querido.

VIAJERO.— No tenga prisa por saberlo.

GUARDIA.— Debe ser terrible. Debe ser... ¿Cómo es...? *(Pausa)*
¿Puedo enviarle mi currículum?

VIAJERO.— ¿Cómo?

GUARDIA.— ¿Puedo enviarle mi currículum? Yo también necesito un cambio.

VIAJERO.— Por supuesto. ¿Tiene experiencia en equipos operativos?

GUARDIA.— Aprendo rápido.

VIAJERO.— No le puedo prometer nada.

GUARDIA.— Sin compromisos.

VIAJERO.— La cosa está muy mal. Cada vez peor.

GUARDIA.— Sin compromisos.

VIAJERO.— Envíemelo y yo se lo pasaré a mis superiores.

GUARDIA.— Tengo ganas de trabajar en equipo, tengo ganas de formar parte de estructuras más sólidas y amplias. Entiéndame, estoy cómodo aquí. Más cómodo, imposible. Me encantan los halcones y me llevo genial con Wei. Pero, como le decía antes, necesito algo de realidad en mi vida. Algo tangible. Algo que pueda contarle a mi hijo sin tener la sensación de que me lo estoy inventando en ese momento. Y creo que la gestión de equipos operativos puede darme ese punto de realidad que me falta, ese toque material que tienen las cosas que existen de verdad. No sé si me explico.

VIAJERO.— Se explica perfectamente.

GUARDIA.— Estoy hecho un lío.

VIAJERO.— No me extraña. Trabajar aquí confundiría a cualquiera.

GUARDIA.— A eso me refiero.

VIAJERO.— Envíemelo, sin problemas.

GUARDIA.— Gracias.

VIAJERO.— De todas maneras, no quiero que piense que la gestión de equipos operativos es jauja. Hay mucha presión. Trabajamos por objetivos. Y si no cumplimos el objetivo marcado, nosotros pagamos el pato. Eso provoca una tensión en el equipo bastante considerable. Gran parte de mi trabajo consiste en lidiar con esa tensión y mantenerla a raya.

GUARDIA.— Entiendo.

VIAJERO.— No. No creo que lo entienda.

GUARDIA.— ¿No?

VIAJERO.— No diga que lo entiende cuando le hablan de algo que desconoce por completo.

GUARDIA.— De acuerdo. ¿Y qué debería decir?

VIAJERO.— No diga nada. Escuche su interior.

GUARDIA.— Ya. De acuerdo.

VIAJERO.— Es una de nuestras reglas internas de funcionamiento: no decir gilipolleces. Las gilipolleces cuestan dinero. Y en el dinero nos va la vida.

GUARDIA.— Para mí el dinero no es lo más importante.

VIAJERO.— Otra gilipollez. En la gestión de equipos operativos, o eres eficiente al cien por cien o estás muerto.

GUARDIA.— Creo que empiezo a entenderlo.

VIAJERO.— Joven, debe usted aprender más rápido.

GUARDIA.— ¿Con qué tipo de clientes trabajan?

VIAJERO.— De todo tipo.

GUARDIA.— ¿Por ejemplo?

VIAJERO.— Prefiero no dar nombres. (*Pausa*) Grandes bancos. Grupos de inversión internacionales. Multimillonarios. Incluso el Club Bilderberg.

Silencio.

GUARDIA.— Me está tomando el pelo.

VIAJERO.— ¿Yo? En absoluto.

GUARDIA.— ¿El Club Bilderberg?

VIAJERO.— Sí. Aunque, no se piense. Ya no es lo que era.

GUARDIA.— ¿El Club Bilderberg? ¿Trabaja usted para Peter Sutherland? ¿Para Étienne Davignon? ¿Conoce al cabrón de Donald Rumsfeld?

VIAJERO.— El señor Rumsfeld es un buen cliente. Y un cachondo.

GUARDIA.— ¿Un cachondo?

VIAJERO.— Sí. De mucho cuidado.

GUARDIA.— Usted sí que es un cachondo.

VIAJERO.— Hablo en serio.

Silencio.

GUARDIA.— No le creo. (*Silencio*) Muy bien. Escuche. No es tan sencillo. Hay reglamentos, normas. Hay cámaras de vigilancia las veinticuatro horas del día. Sensores. No puede quedarse aquí. Lo siento.

VIAJERO.— No quiero quedarme aquí, ya se lo he dicho.

GUARDIA.— Está terminantemente prohibido.

VIAJERO.— Quiero ir a Bangkok.

GUARDIA.— Hablo en serio. Levántese, por favor. No puedo permitirle perder el trabajo. Y Wei menos, con cinco hijos y una hipoteca. Es capaz de matarlo con sus nunchakus.

VIAJERO.— No quería molestar.

GUARDIA.— No se trata de molestia. Levántese.

VIAJERO.— ¿Se trata de conveniencia, verdad?

GUARDIA.— ¿Conveniencia? Oiga, no me toque los cojones. Yo soy un *mandao*. ¿Por qué no se va a un hotel? ¿Por qué no coge una habitación en el hotel Carlton con jacuzzi y vistas al mar? O mejor, ¿por qué no se va a su casa con jardín, piscina climatizada, sauna, caballerizas, campo de golf y aeropuerto con aviones?

VIAJERO.— Se lo crea o no, vivo en un piso de ochenta metros cuadrados.

GUARDIA.— Y yo soy la reina de Inglaterra.

VIAJERO.— Heredado de mi difunta madre.

GUARDIA.— Pues llame a su helicóptero y lárguese de una vez a la casa de su madre.

VIAJERO.— ¿He dicho algo que le ha molestado?

GUARDIA.— No.

VIAJERO.— ¿Le molesta el tipo de clientes con los que trabajo?

GUARDIA.— ¿A mí? No.

VIAJERO.— Debería. Son unos cabrones.

GUARDIA.— ¿Lo son?

VIAJERO.— De una envergadura considerable.

GUARDIA.— Nunca lo hubiera pensado.

VIAJERO.— No tienen escrúpulos.

GUARDIA.— ¿En serio? Quién lo iba a decir.

VIAJERO.— Entiendo que se moleste.

GUARDIA.— Yo no estoy molesto. ¿Molesto? No, que yo sepa.

VIAJERO.— Pero si quiere trabajar en la gestión de equipos operativos tendrá que tragarse más de un sapo.

GUARDIA.— Cada uno es responsable de sus actos.

VIAJERO.— Eso digo yo.

GUARDIA.— ¿A mí qué me importa que sean unos cabrones?

VIAJERO.— Eso digo yo, ¿y a usted qué le importa?

GUARDIA.— Nada. Nada en absoluto. El mundo es así. Yo no voy a cambiarlo. Tiene que haber cabrones cuya considerable envergadura aplaste a la mayoría de la población. Es un mal menor. Lo importante es tener iniciativa, ¿no? Y los cabrones de considera-

ble envergadura la tienen. Vaya si la tienen. Mire este aeropuerto. Obsérvelo. Este aeropuerto es el resultado de la iniciativa de los cabrones de considerable envergadura. Ellos me han dado trabajo. Y les estoy muy agradecido por ello. Por supuesto, faltaría más. ¿Quiere algo de la máquina? ¿Un café? ¿Un refresco?

VIAJERO.— No, gracias.

GUARDIA.— Tampoco tenemos máquinas expendedoras.

VIAJERO.— Gracias de todos modos.

GUARDIA.— ¿Cuánto gana usted al año?

VIAJERO.— Depende del año.

GUARDIA.— ¿Y eso?

VIAJERO.— Ya se lo he dicho. Trabajo por objetivos.

GUARDIA.— ¿Cuánto?

VIAJERO.— ¿Cuánto debe costar?

GUARDIA.— ¿El qué?

VIAJERO.— Mantenerlo. El aeropuerto.

GUARDIA.— A ver, contando los gastos de personal míos y de Wei, los del director del aeropuerto, personal intermedio y administrativos, los gastos de mantenimiento y gestión, la luz y el agua de una terminal de unos diez mil metros cuadrados, los halcones y los hurones, más los contratos de publicidad y patronazgo cuyo objetivo es dar a conocer el aeropuerto a gente como usted que no puede volar desde él, más diversos gastos financieros cuya cuantía es imposible de establecer... (*Silencio*) No mucho, no crea.

VIAJERO.— ¿No mucho?

GUARDIA.— No mucho.

VIAJERO.— Diga una cifra.

GUARDIA.— Dígala usted, ¿cuánto cobra de media, al año?

VIAJERO.— ¿Y por qué no lo cierran?

GUARDIA.— No lo sé. Supongo que, para lo poco que cuesta, prefieren dejarlo abierto. Sería una lástima cerrarlo y que un día apareciera un avión, ¿no cree? Sería un escándalo. *(Pausa)* Cinco millones de euros.

VIAJERO.— ¿Qué?

GUARDIA.— Su sueldo ronda de media los cinco millones de euros al año.

VIAJERO.— Nunca he visto cinco millones de euros en mi vida.

GUARDIA.— Son unos cabrones.

VIAJERO.— ¿Quiénes?

GUARDIA.— Los bancos. La gente que trabaja para los bancos.

VIAJERO.— Cincuenta mil euros al mes.

GUARDIA.— ¿Qué?

VIAJERO.— Eso es lo que cuesta mantener este aeropuerto.

GUARDIA.— Imposible. Tendrían que cerrarlo.

VIAJERO.— Seguro que es más caro cerrarlo que tenerlo abierto.

GUARDIA.— ¿Cómo va a ser más caro cerrarlo que tenerlo abierto?

VIAJERO.— A veces el valor de las cosas no está determinado por lo que cuestan realmente, sino por lo que significan.

GUARDIA.— ¿Es usted economista?

VIAJERO.— No, para nada. Solo leo el *Wall Street Journal*, como todo el mundo.

GUARDIA.— El significado de este aeropuerto es igual a cero, créame.

VIAJERO.— Eso dice usted. Pero hay mucha gente que piensa lo contrario.

GUARDIA.— ¿Quiénes?

VIAJERO.— Mucha gente. Los antisistema, por ejemplo.

GUARDIA.— ¿De qué está hablando?

VIAJERO.— ¿De qué estoy hablando? Estoy hablando de toda esa gente que en este momento está retirando sus depósitos de los bancos de forma masiva, que está quemando las sucursales, literalmente, ¿no ve la televisión o qué? Entran, cogen su dinero y lanzan un cóctel molotov. ¡Se ha convertido en una moda lo de quemar bancos! De toda esa moda estoy hablando... ¿cómo se llaman? Tienen un nombre esos rebeldes...

GUARDIA.— ¿Quién es usted?

VIAJERO.— ¿Sin perdón? (*Pausa*) No, eso es una película.

GUARDIA.— ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

VIAJERO.— ¿Al paredón? No, tampoco. (*Pausa*) ¿Hace daño el moscardón? No, eso no puede ser. Es demasiado ridículo.

GUARDIA.— Cien Años de Perdón.

VIAJERO.— ¡Eso es! Cien Años de Perdón. Gracias.

GUARDIA.— El Movimiento por la Liberación Definitiva de la Tiranía de los Bancos: Cien Años de Perdón.

VIAJERO.— Exacto. Veo que está informado.

GUARDIA.— No, para nada. Solo leo el *Wall Street Journal*, como todo el mundo.

VIAJERO.— Bueno, pues, como le decía, a toda esa gente del Movimiento por la Liberación Definitiva de la Tiranía de los Bancos, todo el asunto relacionado con este aeropuerto le parece algo vergonzoso y criminal. También son gente, ¿no cree? También hay que respetarlos.

GUARDIA.— Por supuesto. ¿Me enseña su documento nacional de identidad, por favor?

VIAJERO.— ¿Y esto? ¿A qué viene? ¿He dicho algo que no debía?

GUARDIA.— No, en absoluto.

VIAJERO.— Solo estamos hablando.

GUARDIA.— ¿Me enseña su documentación, por favor?

VIAJERO.— No tengo ningún problema en enseñarle mi documentación. Pero creo que usted no tiene el derecho legal de pedirme que enseñe mi documentación. Eso es todo. Usted es un simple guardia de seguridad, no un policía. Cuida a los halcones. Alimenta a los hurones. (Silencio. Mete la mano en el bolsillo, saca su cartera y le entrega al guardia el DNI) Tome, joder. Aquí tiene mi documentación. Pero no entiendo a qué viene todo esto.

GUARDIA.— Gracias.

VIAJERO.— Pensaba que éramos amigos.

El guardia estudia con atención las dos caras del carnet.

Encima tengo que pasar el control de seguridad. Es increíble. Este país es la hostia. ¿Se puede saber qué he dicho para que se moleste de esa manera?

GUARDIA.— ¿Se llama usted Federico González Sanz?

VIAJERO.— ¿Usted qué cree?

GUARDIA.— Sí o no.

VIAJERO.— Sí, soy Federico González Sanz.

GUARDIA.— ¿Ha nacido en Madrid?

VIAJERO.— ¡Por supuesto que he nacido en Madrid!

GUARDIA.— ¿Cuál es la razón de su viaje?

VIAJERO.— ¿Qué viaje? ¿Acaso ve usted que yo esté viajando, que vaya a viajar, que haya viajado, que viaje en un futuro inmediato?

GUARDIA.— ¿Por qué quiere ir a Bangkok?

VIAJERO.— (*Arrancándole el carnet de las manos*) ¡Para follarme a una adolescente, no te jode! ¡Ya está bien! ¡Usted no tiene derecho a interrogarme! ¡Ni siquiera he hecho el *check in*! ¡Ni siquiera tienen ustedes aviones aquí!

GUARDIA.— Levante los brazos.

VIAJERO.— ¿Cómo?

GUARDIA.— Tengo que cachearlo.

VIAJERO.— Esto es el colmo.

GUARDIA.— Levante los brazos.

VIAJERO.— (*Levantando los brazos*) Este país es la hostia. En serio.

GUARDIA.— Abra las piernas.

VIAJERO.— (*Abriendo las piernas*) Usted no tiene la autorización para hacer esto.

GUARDIA.— Más. (*Pausa*) Más aún.

VIAJERO.— (*Separa más las piernas. El guardia le cachea de abajo arriba todo el cuerpo*) Esto es un abuso de autoridad. Quiero poner una reclamación. Quiero que me diga su número de placa.

GUARDIA.— No tenemos hojas de reclamación.

VIAJERO.— No tienen hojas de reclamación... ¿Cómo he podido ser tan ingenuo de pensar que tendrían hojas de reclamación? Perdóneme. ¿Podría hablar con su jefe?

GUARDIA.— ¿Qué jefe? Aquí solo estamos Wei y yo.

VIAJERO.— ¿Podría hablar con Wei?

GUARDIA.— ¿Habla usted mandarín?

VIAJERO.— No.

GUARDIA.— Entonces no le servirá de nada hablar con Wei. (*Pausa*) Un momento... ¿Qué...?

El guardia extrae una pistola del interior de la chaqueta del viajero.

¿Qué es esto?

VIAJERO.— No arme un escándalo, por favor. Tengo licencia de armas.

GUARDIA.— (*Vaciando el cargador y guardándose las balas en el bolsillo*)
Me importa una mierda si tiene licencia de armas o no. ¿Quiere decirme cómo pensaba pasar el *check in* con un arma encima?

VIAJERO.— Sí, puedo decírselo. Declarándola. Si declaras el arma puedes viajar con ella, estúpido.

GUARDIA.— ¿Estúpido?

VIAJERO.— Lo siento.

GUARDIA.— ¿Estúpido?

VIAJERO.— Lo siento. Ha sido un acto reflejo.

GUARDIA.— ¿Por qué lleva una pistola?

VIAJERO.— Por precaución. ¿Sabe cuál es el índice de criminalidad de Bangkok?

GUARDIA.— No.

VIAJERO.— Yo tampoco, pero seguro que es uno de los más altos del mundo. Bangkok suena a golpe en la cabeza, a atraco en un fumadero de opio. Ya me han atracado en dos ocasiones. En una de ellas me pusieron una navaja en el cuello. Fue espantoso.

GUARDIA.— Tuvo que ser espantoso.

VIAJERO.— Es lo que acabo de decirle.

GUARDIA.— ¿Y en la otra?

VIAJERO.— ¿Qué otra?

GUARDIA.— En la otra ocasión en la que le atracaron, ¿qué pasó?

VIAJERO.— ¿Me han atracado dos veces? Lo he olvidado. TEPT.
(Pausa) Trastorno por estrés postraumático.

GUARDIA.— ¿Usted piensa que soy estúpido?

VIAJERO.— Sí. ¡No! No, no lo pienso, por supuesto que no... Simplemente, tengo miedo. Eso es todo. Miedo de que me hagan daño. Usted sabe que el mundo está lleno de malas personas que se pasan el día esperando a que un viejo estúpido y despistado llegue a un aeropuerto internacional y pregunte: ¿Taxi?

GUARDIA.— Vaya. Ahora es un viejo estúpido y despistado que pregunta: ¿Taxi?

VIAJERO.— Siempre he sido un viejo estúpido y despistado que pregunta: ¿Taxi?

GUARDIA.— No tiene ninguna pinta de ser un viejo estúpido y despistado que pregunta: ¿Taxi?

VIAJERO.— ¿Ah, no? ¿Y de qué tengo pinta?

GUARDIA.— Tiene pinta de ser un viejo zorro que se las sabe todas.

VIAJERO.— No se fíe de las apariencias.

GUARDIA.— Es justo lo que hago.

VIAJERO.— ¿No le parece suficientemente estúpido y despistado comprar un billete de avión que sale de un aeropuerto que no tiene aviones ni taxis?

GUARDIA.— No, ahora me parece muy inteligente.

VIAJERO.— ¿Muy inteligente? ¿Se ha vuelto usted loco de remate? ¡He pagado mil quinientos euros por un vuelo que no existe!

GUARDIA.— Sí, es extraño, ¿verdad? Porque estamos hablando de un viejo estúpido y despistado que se dedica a gestionar equipos operativos para el Club Bilderberg y algunas de las entidades financieras más importantes del mundo. Curioso.

VIAJERO.— Trabajar en gestión de equipos operativos no me hace más inteligente que usted.

GUARDIA.— Cualquiera pensaría lo contrario.

VIAJERO.— Joven, no sé lo que se imagina que es la gestión de equipos operativos, la verdad, pero...

GUARDIA.— No sé, ¿qué me imagino?

VIAJERO.— ¿Le ha molestado que trabaje para esa gente? ¿Es eso lo que le ha molestado?

GUARDIA.— ¿Molestado? No.

VIAJERO.— Pues sepa que a mí tampoco me gustan.

GUARDIA.— ¿Y a mí qué me importa si a usted no le gustan?

VIAJERO.— Debería.

GUARDIA.— Está en su derecho.

VIAJERO.— Todo está interconectado.

GUARDIA.— ¿Ah, sí? ¿Usted y yo también estamos interconectados?

VIAJERO.— Por supuesto.

GUARDIA.— Se está saltando la primera regla de la gestión de equipos operativos.

VIAJERO.— Más de lo que se piensa.

GUARDIA.— No decir gilipolleces. (*Hablando por el walkie-talkie*)
¿Wei?

VIAJERO.— Yo solo soy un mandado. Como usted.

GUARDIA.— Usted y yo no somos iguales, ¿de acuerdo?

VIAJERO.— ¿Es el halcón lo mismo que el sisón? No, por supuesto que no. Pero ambos están conectados por sus respectivas naturalezas, ¿no cree?

GUARDIA.— ¿Me está diciendo que yo soy un sisón?

VIAJERO.— No.

GUARDIA.— ¿Me está diciendo que usted es un halcón?

VIAJERO.— No.

GUARDIA.— ¿Qué coño me está diciendo?

VIAJERO.— Le estoy diciendo que en el mundo hay depredadores y presas, y que el lazo que une sus respectivas naturalezas es algo hermoso e inefable.

GUARDIA.— ¿Es usted un poeta?

VIAJERO.— No, de joven escribía versos, eso es todo.

GUARDIA.— Vaya, ¿y qué pasó con esa vocación?

VIAJERO.— Se truncó.

GUARDIA.— Lástima.

VIAJERO.— Tuve que ponerme a trabajar. Alimentar a mi familia.
Progresar.

GUARDIA.— Eso te jode la adolescencia.

VIAJERO.— Y la infancia.

GUARDIA.— Te marca por completo.

VIAJERO.— No me quejo.

GUARDIA.— ¿Nunca ha pensado...?

VIAJERO.— No. A lo hecho, pecho.

GUARDIA.— Así se habla.

VIAJERO.— Le estaba poniendo un ejemplo.

GUARDIA.— Váyase a la mierda con su ejemplo.

VIAJERO.— Muy bien, me voy a la mierda con mi ejemplo.

GUARDIA.— Eso es.

VIAJERO.— Ha sido un error.

GUARDIA.— Ha sido una idiotez.

VIAJERO.— Ha sido una idiotez.

GUARDIA.— Aquí yo soy el halcón y usted el sisón, ¿queda claro?

VIAJERO.— Sí.

GUARDIA.— ¿Quién es el halcón?

VIAJERO.— Usted.

GUARDIA.— ¿Y quién es el sisón?

VIAJERO.— Yo. (*Pausa*) Lo que quiero decir es que son ellos los que manejan el cotarro. A mí me dicen: “Ve allí y haz esto”. Y yo voy y lo hago. Ni pincho ni corto.

GUARDIA.— *Ellos* se están cargando el mundo.

VIAJERO.— No se lo discuto.

GUARDIA.— A *ellos* solo les interesa el dinero.

VIAJERO.— No se lo discuto.

GUARDIA.— ¿No me lo discute?

VIAJERO.— No se lo discuto.

GUARDIA.— ¿Y qué opina al respecto? ¿Qué piensa *usted* al respecto?

VIAJERO.— ¿Qué opino? ¿Y qué importa lo que yo opine? No me gusta esa gente. Pero resulta que son ellos los que manejan el cotarro. ¿Qué tengo que opinar yo al respecto? Nada. Mi opinión no es importante. Tampoco se crea que manejar el cotarro es una empresa fácil. No se hacen muchos amigos que digamos. Más bien, despiertas un odio considerable. Lo que quiero decir es que no es lo mismo manejar el cotarro que entrenar halcones en un aeropuerto fantasma. Las cosas se ven de manera diferente. En un caso tienes que tomar decisiones, decisiones difíciles, y en el otro te pasas el día rascándote los cojones con un guante de cuero. ¿Me explico? No todas las decisiones que se toman me gustan, por supuesto. Muchas de ellas me revuelven las entrañas. Pero eso no significa que no se hayan de tomar decisiones. Alguien tiene que hacerlo. Alguien tiene que tener una visión a gran escala de cómo funciona el mundo y actuar en consecuencia. No todos pueden pasarse el día rascándose los cojones con un guante de cuero mientras su halcón favorito revolotea por los cielos. Es muy fácil opinar sobre los temas más dispares y complejos, sobre lo divino y lo humano, después de haberse masajado el escroto con una

piel de cordero lustrada. No lo he probado. Pero se me antoja algo relativamente sencillo.

GUARDIA.— No se crea. También requiere su arte.

VIAJERO.— De acuerdo. Puede que esté equivocado.

GUARDIA.— (*Ofreciéndole el guante*) ¿Quiere probarlo?

VIAJERO.— Gracias. En otro momento.

GUARDIA.— Insisto. (*Pausa*) Vamos.

Silencio.

VIAJERO.— Muy bien. De acuerdo. (*Se pone el guante en la mano izquierda*) Ni hecho a medida. (*Pausa*) Puede que lleve usted razón y deba cambiar por completo. Aprender otras habilidades.

GUARDIA.— Usted solo sabe hacer una cosa.

VIAJERO.— Nadie es consciente de todo lo que puede llegar a hacer en la vida.

GUARDIA.— Lo que lleva haciendo toda la vida.

VIAJERO.— Solo tengo que estar abierto y escuchar mi interior.

GUARDIA.— Gestionar equipos operativos.

VIAJERO.— Puedo aprender.

GUARDIA.— Ejecutar proyectos.

VIAJERO.— Descubrirme.

GUARDIA.— Sorprenderse.

VIAJERO.— ¿Podría devolverme el arma, por favor?

GUARDIA.— No se engañe.

VIAJERO.— ¿Por qué dice eso?

GUARDIA.— Usted y yo no somos iguales.

VIAJERO.— Eso ya lo sabíamos.

GUARDIA.— Usted no cambiará. Está en su naturaleza.

VIAJERO.— Igual le doy una sorpresa.

GUARDIA.— Usted ha nacido para la gestión de equipos operativos.
Se nota.

VIAJERO.— ¿Y usted? ¿Para qué ha nacido?

GUARDIA.— Yo he nacido para rascarme las pelotas con un guante
de cuero. ¿No se nota?

VIAJERO.— Está en su naturaleza.

GUARDIA.— Esto es una guerra. Una guerra muy antigua.

VIAJERO.— Devuélvame el arma.

GUARDIA.— Entre los que manejan el cotarro, los cabrones de considerable envergadura, y el resto de humanos que habitamos este planeta. Los recursos son finitos, la vida es corta. ¿Qué es lo que queda? ¿Qué es lo que perdura? El dinero. Algo artificial, infinito. Algo que inventaron los cabrones de considerable envergadura para someter a la población de muy diversas maneras. Porque de eso se trata. Se trata de cómo unos pocos pueden someter a unos muchos sin que estos muchos se pregunten por qué deben someterse de esa manera tan estúpida. Se trata de tener domesti-

cada y adormecida a la gente, a la Bestia. Pero la Bestia se está despertando de su letargo. Oh, sí, créame. Y su fuerza es impresionante y demoledora. Créame. Aplastará a esos cabrones de un solo zarpazo.

VIAJERO.— Es usted un ingenuo.

GUARDIA.— ¿Lo soy?

VIAJERO.— Y un panfletario. No pasará nada de todo eso.

GUARDIA.— ¿No?

VIAJERO.— No, créame usted a mí ahora. Puede que la Bestia dé un par de zarpazos, no se lo niego, pero luego los párpados le pesarán de nuevo y caerá en un profundo sueño. Vamos, conoce la historia mejor que yo. La Bestia, como usted muy bien dice, es fuerte, pero fácil de manejar.

GUARDIA.— Eso era antes.

VIAJERO.— ¿Antes? Nunca ha habido un *antes*. Y siempre ha habido un *lo mismo*.

GUARDIA.— La gente ha aprendido la lección.

VIAJERO.— ¿La gente ha aprendido la lección?

GUARDIA.— La gente ha aprendido la lección.

VIAJERO.— ¿Qué lección es esa que ha aprendido la gente, a ver?

GUARDIA.— O ellos o nosotros.

VIAJERO.— ¿O ellos o nosotros? ¿Esa es la gran lección?

GUARDIA.— O ellos o nosotros.

VIAJERO.— Escuche, la gente lleva intentando aprender esa lección desde la noche de los tiempos, sin resultado alguno. No hay manera. No les entra en la cabeza. Da igual que se lo explique un carismático e hirsuto *homo sapiens* alrededor de la hoguera que el último de los blogueros en las redes sociales. Por un oído les entra y por el otro les sale. Es una característica de nuestra especie, por si no lo sabía.

GUARDIA.— Ahora es diferente.

VIAJERO.— ¿Por qué ahora es diferente? ¿Porque lo dice usted?

GUARDIA.— No. Porque el ser humano ha progresado.

VIAJERO.— Perdóneme, pero no solo es usted un ingenuo, sino también un poco patético.

GUARDIA.— Ahora somos más conscientes de nuestras debilidades. Y eso nos hace más fuertes.

VIAJERO.— ¿No se da cuenta, verdad?

GUARDIA.— ¿De qué me tengo que dar cuenta?

VIAJERO.— ¿No se da cuenta de que todo es lo mismo? Ellos y nosotros, unos pocos y unos muchos, todo ese rollo anarquista. Todo es lo mismo.

GUARDIA.— ¿Es lo mismo el banco que el deudor?

VIAJERO.— Por supuesto.

GUARDIA.— ¿El rico que el pobre?

VIAJERO.— Sin ninguna duda.

GUARDIA.— ¿El usurero que el filántropo?

VIAJERO.— ¡Claro!

GUARDIA.— La Bestia dice “No”.

VIAJERO.— La Bestia puede decir misa, pero yo le digo a usted que en el momento en que esa Bestia aplaste a los que ahora manejan el cotarro, a los cabrones de considerable envergadura, en ese mismo instante, ella misma se convertirá en otro montón de cabrones cuya considerable envergadura será mucho más grande y cabrona que la que acaba de destruir. Ley de vida.

GUARDIA.— Mentira.

VIAJERO.— Usted dice que el ser humano ha progresado. Sí, pero solo para perfeccionar su esquizofrenia. Si siempre ha sido una caja de sorpresas, ahora es una caja de sorpresas dentro de una caja de sorpresas dentro de otra caja de sorpresas. Ha refinado su impredecibilidad y mejorado la perversidad de sus excusas. ¡Son siglos sin poder entender por qué uno hace lo que hace, por qué uno quiere lo que quiere! ¿Qué espera? ¿Lucidez y consciencia? ¿Equilibrio? Todavía seguimos sin entenderlo. No nos han servido de nada la lucidez y la consciencia para entender nuestros actos. Tan solo para exponerlos de una forma más inteligente y seductora. En eso sí que hemos progresado. Nos hemos convertido en unos conferenciantes excepcionales de nuestra doble moral. Estamos muy satisfechos de los múltiples aspectos y recovecos de nuestra ambivalencia. Genial. Fantástico. A eso usted lo llama progreso. Yo lo llamo enfermedad.

GUARDIA.— Es usted el que está enfermo.

VIAJERO.— Y usted el que está sano, ¿verdad?

GUARDIA.— Hay que estar muy enfermo para pensar que el rico es lo mismo que el pobre.

VIAJERO.— Hay que ser un gilipollas para pensar que el pobre quiere seguir siendo pobre y que el rico nunca será tan pobre como una rata. Algún día.

GUARDIA.— Este mundo es injusto.

VIAJERO.— ¿Vaya sorpresa, verdad?

GUARDIA.— Uno puede luchar contra esta injusticia o defenderla.

VIAJERO.— ¿Y qué importa? Si no es esta injusticia será otra. Si no son unos crímenes serán otros. Usted mismo lo ha dicho: el mundo es injusto. No hay salida. Todo lo que hay es sufrimiento. Pues venga. Apechuguemos. ¡Por favor, no estoy descubriendo la pólvora!

GUARDIA.— No, usted tan solo enciende la mecha.

VIAJERO.— ¿Por qué dice eso?

GUARDIA.— (*Hablando por el walkie-talkie*) ¿Wei?

VIAJERO.— Oiga, yo no voy por ahí tirando bombas. Yo no soy aquí el revolucionario, ¿de acuerdo? Son otros los que incitan a la gente a entrar en los bancos y quemarlos. Son otros los incendiarios.

GUARDIA.— (*Hablando por el walkie-talkie*) ¿Wei, 你有嗎¹?

VIAJERO.— No sabemos de lo que somos capaces. Todos nosotros llevamos a un banquero y a un anarquista dentro, por decir algo. Incluso yo mismo, incluso usted mismo. Usted podría llegar a trabajar en un banco, en la Bolsa o en Lehman Brothers, donde haga falta. Se llama supervivencia. La supervivencia nos coloca a todos en el mismo barco. La supervivencia nos quita los humos, ¿me entiende? Todos deseamos lo mismo, todos somos lo mismo, pero

¹ Estás ahí.

no todos somos iguales. No todos podemos conseguirlo. ¿Entiende por dónde voy?

GUARDIA.— Yo no deseo lo mismo que un banco, ¿entiende por dónde voy?

VIAJERO.— Eso es porque no ha sufrido lo suficiente.

GUARDIA.— Eso es porque para mí las personas son lo más importante.

VIAJERO.— ¿Las personas? ¿Quiénes son esas personas de las que habla? ¿Son *las personas* más importantes que su hijo, por ejemplo? ¿Dejaría de alimentar a su hijo con tal de salvar a *las personas*? ¿Está seguro de que *las personas* harían lo mismo por usted? (Pausa) *Las personas...* No me joda con *las personas*, por favor...

GUARDIA.— Se llama ética.

VIAJERO.— Se llama hambre.

GUARDIA.— Se llama principios.

VIAJERO.— Se llama cojones. ¿Sabe? Me recuerda a ese agitador de la red, ese bloguero anónimo, el alborotador... ¿cuál es su apodo? El que está consiguiendo, precisamente, que todo el mundo retire sus depósitos de los bancos y queme las sucursales, ese Lenin del siglo XXI... ¿Cómo se llama ese cabrón? ¿El Contra-Humos?...

GUARDIA.— (Hablando por el walkie-talkie) Wei, ¿dónde cojones estás?

VIAJERO.— No. No es eso... ¿El Corta-Anos? No. No puede ser el Corta-Anos... Es demasiado agresivo... ¿Sabe de quién estoy hablando?

GUARDIA.— Claro. Es muy conocido. (Al walkie-talkie) ¡Wei, hostias!

VIAJERO.— También es un ingenuo, como usted. E igual de patético. ¿Cómo se llama ese descerebrado?

GUARDIA.— El Contra-Uno.

VIAJERO.— ¡El Contra-Uno! ¡Eso es! ¡El Contra-Uno! Gracias. Usted me recuerda a él.

GUARDIA.— ¿Por qué?

VIAJERO.— Ya se lo he dicho. Habla igual que él.

GUARDIA.— ¿Lo sigue usted mucho?

VIAJERO.— Últimamente, bastante. ¿Y usted?

GUARDIA.— Yo soy un admirador de ese tío.

VIAJERO.— ¿Ah, sí?

GUARDIA.— Sí. Ha conseguido movilizar las conciencias. O ellos o nosotros.

VIAJERO.— Lo que no entiendo es por qué no da la cara. Por qué se esconde.

GUARDIA.— No se esconde.

VIAJERO.— ¿Ah, no? Nadie sabe dónde vive ni qué aspecto tiene. Yo diría que se esconde.

GUARDIA.— No se esconde. Simplemente no quiere convertirse en el líder de nada ni de nadie. Él no es el protagonista.

VIAJERO.— Yo diría que él es, precisamente, el principal protagonista.

GUARDIA.— La lucha es la protagonista.

VIAJERO.— Yo creo que está cagado de miedo.

GUARDIA.— Yo creo que tener miedo es una cosa muy humana y muy comprensible.

VIAJERO.— Yo creo que es un cobarde.

GUARDIA.— Ha recibido amenazas de muerte, ¿sabe usted? Él y su familia.

VIAJERO.— ¿Tiene familia?

GUARDIA.— Sí...

VIAJERO.— No lo sabía.

GUARDIA.— Ha salido publicado en varios medios.

VIAJERO.— Perdone que le contradiga. Usted seguramente sabrá más del tema, pero he leído todo lo que se ha publicado sobre el Contra-Uno, tanto en Internet como en prensa escrita, y en ningún sitio se habla de que tenga familia.

GUARDIA.— Es un comentario que ha circulado por algunos foros.

VIAJERO.— Pensaba que lo había leído en los medios.

GUARDIA.— Foros, medios. Yo qué sé dónde lo he leído. Lo importante es que una persona que no ha cometido ningún delito ha sido amenazada de muerte simplemente por decir lo que piensa.

VIAJERO.— Por otra parte, lo que sí he leído es que los grandes bancos siempre han sabido quién es ese Contra-Uno y siempre lo han tenido localizado, a pesar de que ha ido cambiando de escondite durante todo este tiempo.

GUARDIA.— Yo eso no lo he leído en ningún lado.

VIAJERO.— Y le han estado advirtiendo por diversos canales que deje de decir sandeces a la gente que aún sigue creyendo en el funcionamiento y solvencia de nuestro buen sistema bancario o lo terminará pagando muy caro. Ya sabe que con los bancos siempre se termina pagando.

GUARDIA.— Eso cambiará con el tiempo.

VIAJERO.— Seguro. Cuando se produzca un cambio sustancial en el orden de los valores. Pero mientras tanto, aquí, quien tiene una deuda termina apoquinando de una manera u otra. Porque lo que está claro es que este individuo pasa olímpicamente de dichas advertencias, ¿no le parece?

GUARDIA.— A mí me parece que sí que pasa un huevo.

VIAJERO.— A mí también me lo parece. (*Pausa*) Otra cosa que he leído es que trabaja de guardia de seguridad en un sitio muy parecido a este.

GUARDIA.— No. ¿En serio? ¿En un aeropuerto?

VIAJERO.— No sé si es en un aeropuerto sin aviones o en una de esas urbanizaciones dejadas a medio construir en mitad del monte... o en un hotel abandonado en la costa... algo así.

GUARDIA.— Sería divertido.

VIAJERO.— ¿El qué?

GUARDIA.— Que trabajara en un sitio como este. Sería irónico.

VIAJERO.— ¿A qué se refiere?

GUARDIA.— Me refiero a que, si fuera cierto, estaría trabajando en uno de los símbolos de lo que precisamente critica. En una de esas construcciones emblemáticas que parecen vestigios de una civili-

zación idiota y atrasada. Trabajando en una de ellas subrayaría, aún más si cabe, lo absurdo de su existencia. Es como si se estuviera riendo en la cara de toda esa gente que lo persigue. Una gran carcajada irónica. Me cago en vuestra puta madre, parecería estar diciendo.

VIAJERO.— Ahora le entiendo.

GUARDIA.— Debe de estar partiéndose el culo.

VIAJERO.— Incluso creo que la oigo. La risa.

GUARDIA.— ¿Qué dice? ¿Aquí mismo?

VIAJERO.— Sí. Escuche. (*Silencio largo*) ¿No la oye? Una risa insultante y mezquina. Como de hiena.

GUARDIA.— No oigo nada.

VIAJERO.— Qué raro. Está aquí mismo. (*Buscando por el espacio*) ¿No la escucha?

Silencio.

GUARDIA.— No. Aquí no se ríe nadie.

VIAJERO.— Qué raro. ¡Espere! (*Pausa*) Ahora se ha callado. (*Silencio*) Debo de estar alucinando.

GUARDIA.— Creo que necesita descansar un rato.

VIAJERO.— No he tomado mis pastillas.

GUARDIA.— Se equivocan de persona.

VIAJERO.— A veces oigo la voz de mi mujer por las noches. ¿Se lo puede creer?

GUARDIA.— Se equivocan.

VIAJERO.— ¿Cómo?

GUARDIA.— Se equivocan.

VIAJERO.— ¿Quiénes? ¿De qué habla?

GUARDIA.— Ustedes.

VIAJERO.— ¿Quiénes son *ustedes*?

GUARDIA.— El entramado político-económico-financiero y militar.
Se equivocan.

VIAJERO.— ¿De qué estamos hablando ahora?

GUARDIA.— Yo no soy el Contra-Uno.

VIAJERO.— ¿Es usted el Contra-Uno?

GUARDIA.— No.

VIAJERO.— Yo no he dicho que usted sea el Contra-Uno, sino que me recuerda mucho a él.

GUARDIA.— Y yo le digo que razón no le falta.

VIAJERO.— Gracias. Y devuélvame la pistola, por favor.

GUARDIA.— Una cosa es que esté de acuerdo con ciertas ideas expresadas por el Contra-Uno sobre la importancia de la justicia social y los fundamentos éticos de toda democracia, y otra muy diferente es que yo sea ese señor.

VIAJERO.— Suena razonable. El arma.

GUARDIA.— Una cosa es que admire profundamente la valentía y el carisma de ese señor al enfrentarse a los bancos más poderosos del planeta, movilizándolo contra ellos a millones y millones de personas engañadas, desahuciadas, menospreciadas y vapuleadas por una élite de plutócratas bastardos, arrogantes y avariciosos, y otra muy diferente es que ese señor y yo seamos la misma persona, ¿no lo cree usted así?, ¿no tiene este razonamiento una lógica aplastante?

VIAJERO.— La tiene. El arma.

GUARDIA.— ¿Es posible?

VIAJERO.— ¿El qué?

GUARDIA.— Que hayan cometido un error. Conmigo. ¿Es posible?

VIAJERO.— ¿Un error de qué tipo?

GUARDIA.— Un error trágico.

VIAJERO.— Explíquese.

GUARDIA.— Le pasaba a los griegos. Hace más de dos mil años. Pero es de rabiosa actualidad en estos momentos. Básicamente significa errar el tiro. Equivocarse de persona. Tomar a una persona por quien no es. Por ejemplo, yo mismo. Imagínese que una serie de grandes bancos piensa erróneamente que yo soy un famoso bloguero antisistema que les está jodiendo a base de bien. No es culpa suya. Les han pasado una información falsa. Pero están convencidos de ello. Y deciden contratar a un asesino para liquidarme. Y me liquidan. (*Pausa*) Bien. El caso es que luego se dan cuenta de que soy un simple guardia algo imbécil, algo soplapollas, pero, al fin y al cabo, un hombre lleno de buenas intenciones, inofensivo y padre de familia. No solo eso. Luego descubren que soy el hermano menor de mi asesino. O su hijo perdido hace mucho tiempo. Su hijo amado. El hijo cuyo paradero no le deja dormir por las noches. Por eso es trágico. Porque

hay mucha, mucha sangre alrededor de todo el asunto. Y porque ya no hay remedio. Por eso, la conclusión a la que llegaban los griegos hace ya más de dos mil quinientos años, allá en Atenas, era que mejor asegurarse antes de cagarla. Mejor estar seguros. Por el bien de todos. Me parece que es una conclusión muy sabia, ¿no le parece?

VIAJERO.— Aquí hay una equivocación.

GUARDIA.— Eso es lo que yo digo.

VIAJERO.— ¿Me toma usted por un asesino?

GUARDIA.— ¿Es usted un asesino?

VIAJERO.— No. Gestiono equipos operativos.

GUARDIA.— Ya. Pero es un eufemismo, ¿verdad? Gestionar equipos operativos es encargarse de los asuntos sucios de la empresa. Así es como hablan entre ustedes.

VIAJERO.— Es usted un paranoico.

GUARDIA.— ¿Es posible?

VIAJERO.— Claro que es posible.

GUARDIA.— Puedo demostrarlo.

VIAJERO.— Ya lo ha demostrado.

GUARDIA.— Quién soy.

VIAJERO.— No hace falta. Usted no es el Contra-Uno, ¿verdad?

GUARDIA.— Gracias. ¿Está usted seguro de eso?

VIAJERO.— ¿Yo? Es usted el que debe estar seguro.

GUARDIA.— Que yo esté seguro no es lo importante. Yo estoy completamente seguro. Lo importante es que usted esté seguro.

VIAJERO.— ¿Yo?

GUARDIA.— Sí, por supuesto.

VIAJERO.— ¿Y quién soy yo, si puede saberse?

GUARDIA.— ¡No lo sé! ¡Dígamelo de una puta vez!

VIAJERO.— ¡Ya se lo he dicho! ¡Lo que yo piense no tiene ninguna importancia!

GUARDIA.— ¿Me lo jura?

VIAJERO.— Se lo juro.

GUARDIA.— Entones no tengo de qué preocuparme.

VIAJERO.— Yo no he dicho eso.

GUARDIA.— ¡Ah, no?

VIAJERO.— No.

GUARDIA.— ¿Qué es lo que ha dicho?

VIAJERO.— Lo importante no es lo que yo diga, eso es lo que he dicho.

GUARDIA.— Y yo digo: evitemos una tragedia.

VIAJERO.— ¿Cómo?

GUARDIA.— Asegurándonos antes de que sea demasiado tarde.

VIAJERO.— ¿Quiénes?

GUARDIA.— Usted y yo.

VIAJERO.— Yo aquí ni pincho ni corto.

GUARDIA.— Me gustaría enseñarle mi documentación.

VIAJERO.— ¿Para qué?

GUARDIA.— Para cerciorarse.

VIAJERO.— ¿Para cerciorarme? Yo no tengo que cerciorarme de nada. Yo ya sé quién es usted.

GUARDIA.— ¿Quién soy yo?

VIAJERO.— ¿Quién es usted?

GUARDIA.— El guardia de seguridad de este aeropuerto de mierda.

VIAJERO.— ¿Está usted seguro de eso?

GUARDIA.— Absolutamente.

VIAJERO.— ¿Lo ve? Asunto resuelto.

GUARDIA.— Gracias.

VIAJERO.— De nada. ¿Y no estará usted equivocado y al final será quien dice no ser?

GUARDIA.— No. Créame. En serio. Si hay algo que tengo claro es quién soy en estos momentos.

VIAJERO.— Entonces yo no me preocuparía.

GUARDIA.— Entonces, ¿no tengo de qué preocuparme?

VIAJERO.— Yo no he dicho eso.

GUARDIA.— ¿Ah, no?

VIAJERO.— No.

GUARDIA.— ¿Qué es lo que ha dicho?

VIAJERO.— Yo no me preocuparía, pero creo que usted sí debería preocuparse, eso es lo que dicho.

GUARDIA.— ¿Por qué?

VIAJERO.— Ya le han amenazado de muerte.

GUARDIA.— A mí no, al Contra-Uno.

VIAJERO.— Para el caso es lo mismo.

GUARDIA.— No es lo mismo.

VIAJERO.— Parece ser que le han confundido con ese sujeto.

GUARDIA.— Es un error.

VIAJERO.— No importa.

GUARDIA.— ¿No importa?

VIAJERO.— Irán a por usted.

GUARDIA.— Es un error trágico.

VIAJERO.— Les importa una mierda si es un error trágico o un error nostálgico.

GUARDIA.— ¿Cómo podemos arreglarlo?

VIAJERO.— No podemos. Ellos piensan que usted es ese cabrón irresponsable.

GUARDIA.— No lo soy.

VIAJERO.— Eso dice usted.

GUARDIA.— Eso digo yo. Ayúdeme.

VIAJERO.— Ayúdeme usted primero devolviéndome mi pistola.

GUARDIA.— ¿Puedo confiar en usted?

VIAJERO.— Es usted un paranoico.

GUARDIA.— ¿Puedo confiar en usted?

VIAJERO.— *(Se acerca al guardia de seguridad)* Hasta cierto punto.

GUARDIA.— ¿Eso qué significa?

VIAJERO.— Que no se fíe ni de su padre.

GUARDIA.— De acuerdo. *(Hace ademán de entregarle la pistola, pero sin decidirse a hacerlo)* No me fío. Pero quiero que sepa, antes de nada, que a partir de ahora todo será diferente. Conocerle me ha abierto los ojos por completo. Me ha removido por dentro. Los griegos también tenían una palabra para este sentimiento. Catarsis. Quiero decirle que conocerle a usted ha sido muy catártico y que pasará mucho tiempo hasta que esta sensación desaparezca por completo. Se lo aseguro. He aprendido la lección. Gracias.

Antes de que el guardia consiga esconder la pistola, el viajero le golpea con fuerza en la boca del estómago. El guardia cae al suelo, sin apenas poder respirar.

VIAJERO.— Gracias. (*Cogiendo la pistola, sacando del bolsillo del pantalón del guardia las balas y metiéndolas en el cargador*) ¿Sabe? Es usted un paranoico. ¿Se puede saber qué historia se ha montado en la cabeza? No he entendido una mierda de todo lo que ha dicho.

Silencio. Se oye la voz de Wei por el walkie: "Sisón Dos a Sisón Uno. Aquí Wei. Tengo hambre. ¿Terminado halcones? Pincho y corto". Silencio. Voz de Wei: "Sisón Dos a Sisón Uno, ¿qué pasa, macho? ¿Haciendo paja? ¡Mucha marcha! ¡Mucha marcha! Pincho y corto". Silencio. Voz de Wei: "Sisón Dos a Sisón Uno"... , pero es interrumpida cuando el viajero lanza el aparato contra la pared y lo destroza. Después se sienta.

Estoy cansado, Sisón Uno. Muy cansado. (*Silencio*) Este país me agota. No es que no se puedan cometer estupideces, todo el mundo las comete. Yo, el primero. Es la defensa acérrima de la estupidez lo que me mata. Es este empecinamiento idiota, este orgullo aberrante en ser estúpido contra viento y marea. Me agota, lo reconozco. Es como si para toda esta gente, nuestros compatriotas, hubiera algo irremediable en la idiotez misma. Como si no se pudiera hacer nada contra ella. Una vez has sido idiota, tienes que seguir siéndolo. No hay vuelta de hoja. No puedes reconducir las cosas. Si has cometido una estupidez, lo normal, lo que la sociedad espera de ti es que sigas cometiendo más estupideces, una detrás de otra, hasta... no sé... hasta caer agotado. (*Silencio*) Creo que ha llegado el momento de entregarle este país a los chinos. Lo digo en serio. Que hagan lo mismo que están haciendo con los bares y los restaurantes. ¿Acaso se nota que las tapas las hace un chino o una china y no un gallego? Para nada. Saben igual. O incluso mejor. Pues que hagan lo mismo con el país. No lo notaríamos. Al final nos acostumbraríamos a que el presidente del Gobierno no hablara una palabra de español. No entenderíamos nada, pero tampoco notaríamos la diferencia, ya que ahora tampoco entendemos una mierda y hablamos el mismo idioma. Nos acostumbraríamos rápidamente, creo yo. La gente ve a los chinos como una amenaza. Yo, al contrario, los veo como una salvación. ¿Usted cree que los chinos hubieran construido un aeropuerto sin aviones? Ni de coña. Los chinos jamás hubieran construido un aeropuerto sin aviones y nunca lo

hubieran tenido abierto las veinticuatro horas del día, trescientos sesenta y cinco días al año, gastando luz, agua y su puta madre. Para nada. Si un chino hiciera una estupidez como esta, lo meterían en un campo de trabajo y lo reeducarían a base de hostias. Lo colgarían boca abajo y le dejarían pensando un buen rato. Para que reflexione con la sangre formando un charco en el cráneo. Le pondrían en pelotas a cortar la hierba de los campos bajo una tormenta de granizo y un viento helado. Le obligarían a escribir mil millones de veces en papel de arroz y con tinta china: “No volveré a construir un aeropuerto sin aviones, no volveré a construir un aeropuerto sin aviones...”. Aquí no. Aquí te hacen ministro. Te dan un palacete. Es agotador. En ese sentido, estoy de acuerdo con usted, Sisón Uno. Hay que quemarlo todo. Hay que destrozar los cimientos de esta sociedad y comenzar de cero. Y prohibir por ley la estupidez y la poca vergüenza. Y si no fuera por lo que es, yo sería el primero en quemar un banco y asaltar el Parlamento. Así se lo digo. Sería el primero en enfrentarme a la policía y romperle las piernas a uno de esos cabrones. Les sacaría los ojos con una cuchara y los estrellaría contra sus furgones apestosos, a ver si así dejan de lanzar sus jodidas pelotas de goma. No me dan ninguna lástima esas hienas. Sería la mano derecha del Contra-Uno. Su lugarteniente. Su fiel escudero. (*Silencio*) Quizá en otra vida. (*Pausa*) ¿Qué? ¿Se ha recuperado?

Silencio.

GUARDIA.— ¿Por... por qué me ha pegado?

VIAJERO.— Perdóneme. Ha sido un acto reflejo.

GUARDIA.— ¿Un... cómo? ¿Un acto reflejo?

VIAJERO.— Sí, ha hecho usted un gesto extraño con el brazo, ¡así!, y he reaccionado al instante.

GUARDIA.— No podía respirar...

VIAJERO.— Ha sido instintivo.

GUARDIA.— Pensé que me moría.

VIAJERO.— Normal. He visto a gente morir de un golpe en el estómago.

GUARDIA.— ¿En serio?

VIAJERO.— Un par de veces. Una agonía terrible.

GUARDIA.— ¿No lo ha hecho a propósito?

VIAJERO.— No sea paranoico.

GUARDIA.— Parecía a propósito.

VIAJERO.— Es lo que tiene la violencia. Siempre parece que uno está de mala leche.

GUARDIA.— ¿Qué le ha pasado a mi *walkie-talkie*?

VIAJERO.— Se le ha caído al suelo cuando le he golpeado.

GUARDIA.— (*Cogiéndolo*) Pero... está destrozado...

VIAJERO.— Ha sido un golpe terrible. Levántese, venga. ¿Quiere que le traiga algo de la máquina? ¿Una coca-cola? ¿Un agua? ¿Cacahuetes?

GUARDIA.— No... solo... déjeme descansar un poco... gracias.

El guardia se sienta. Suena el móvil del viajero.

VIAJERO.— (*Al guardia*) Perdone. (*Hablando por teléfono*) ¿Sí? (*Pausa*) No, para nada. Al revés. Enternecedor. (*Pausa*) El señor Alexander todavía no ha recogido la ropa, pero eso no significa que esté sucia. (*Pausa*) Ya os llamo yo. No, ningún problema. Pan comido. Tampoco es que sea una gran sorpresa. Exacto. No estamos precisamente cagados de miedo, ¿verdad? (*Pausa*) Exacto. Apaga y vámonos. ¿Qué tal por ahí? (*Pausa*) Encargaos vosotros de la cultura milenaria. Sí. Ya mismo. Un pack, sí. (*Pausa*) No. No hará falta.

Yo haré la colada. *(Pausa)* La tenderé y la secaré. Sí, yo mismo. *(Pausa)* Eso he dicho. *(Pausa)* Me hago mayor. Sí, necesito unas vacaciones. *(Ríe con sorna)* No me vendría mal. Tengo la espalda destrozada. *(Pausa)* No sé. Llevo todo el año así. Las cervicales. Y los riñones. A veces no puedo ni agacharme. *(Pausa)* Ibuprofeno. A veces diclofenaco piensa. *(Pausa)* Diclofenaco piensa. Un antiinflamatorio. Escucha. Dile a la Señora que no se preocupe. La lavadora no tiene por qué detenerse, ¿de acuerdo? *(Pausa)* El mismo detergente de siempre. *(Pausa)* De acuerdo. Adiós. *(Cuelga y guarda el móvil. Silencio. Al guardia)* Trabajo. Lo siento. No puedo dejarles solos ni un segundo. Son un desastre. *(Silencio)* ¿Pasa algo?

GUARDIA.— Nada.

VIAJERO.— ¿Por qué me mira de esa manera?

GUARDIA.— ¿Yo? No le miro de ninguna manera.

VIAJERO.— Cuando me mira así, me da miedo, ¿lo sabía usted?

GUARDIA.— ¿Así cómo?

VIAJERO.— ¿Pasa algo?

GUARDIA.— ¿Qué significa “El señor Alexander todavía no ha recogido la ropa, pero eso no significa que esté sucia”?

VIAJERO.— A veces hablamos en código.

GUARDIA.— ¿Qué significa?

VIAJERO.— Lo siento. No puedo decírselo. Secreto profesional. Tengo prohibido por contrato revelar los asuntos de las empresas para las que trabajo.

GUARDIA.— ¿Quién es la Señora?

VIAJERO.— Mejor no quiera saberlo.

GUARDIA.— ¿Alguien del Club Bilderberg? ¿Qué quiere decir que usted hará la colada personalmente? ¿Y eso de “Encargaos vosotros de la cultura milenaria”? ¿Se refiere a Wei? Él no tiene la culpa de nada.

VIAJERO.— Cállese, ¿de acuerdo? Una de las primeras cosas que te enseñan en la gestión de equipos operativos es a cerrar la boca. Si de verdad quiere trabajar con nosotros, tiene que aprender a ser más discreto y comedido.

GUARDIA.— Pensaba que usted había dejado la gestión de equipos operativos.

VIAJERO.— Lo estoy intentando. Pero, ya ve usted, no es tan fácil. Son muchos años. Envíeme el currículum, veré qué puedo hacer.

GUARDIA.— Gracias, pero me quedo en este aeropuerto.

VIAJERO.— ¿En este aeropuerto?

GUARDIA.— ¿Será doloroso?

VIAJERO.— Como usted quiera.

GUARDIA.— Que sea rápido, por favor.

VIAJERO.— En este aeropuerto no progresará usted mucho. No hay muchas posibilidades de promoción que digamos. ¿Le puedo hacer una pregunta personal? (*Pausa*) Si hoy fuera el último día de su vida, ¿qué es lo que le gustaría hacer?

GUARDIA.— ¿Por qué me pregunta eso?

VIAJERO.— Usted responda.

GUARDIA.— Hablar con mi mujer. Y con mi hijo.

VIAJERO.— ¿Y si eso no fuera posible? Quiero decir, porque no tiene la posibilidad de llamar por teléfono o bien porque alguien que está a su lado no se lo permite.

GUARDIA.— ¿Coaccionándome de alguna manera?

VIAJERO.— Sí. ¿Qué haría?

GUARDIA.— ¿Qué haría? Me iría a Bangkok.

VIAJERO.— ¿A Bangkok? ¿Por qué a Bangkok?

GUARDIA.— Es un buen sitio para desaparecer.

VIAJERO.— ¿Entre la gente, quiere decir?

GUARDIA.— No. Físicamente, quiero decir.

VIAJERO.— De acuerdo. Como usted quiera.

Silencio. A través de los ventanales aparece el destello de un jet rodando lentamente por la pista de aterrizaje hasta que se detiene en medio del aeropuerto.

GUARDIA.— ¿Estoy soñando o eso de ahí es un avión?

VIAJERO.— No está soñando. Eso de ahí es un avión. Un avión de verdad, como usted quería. En concreto, un Diamond D-Jet.

GUARDIA.— ¿Un jet? Vaya. Qué lujo, ¿no? ¿Y qué hace aquí? Este aeropuerto no está operativo.

VIAJERO.— Es un avión con destino a Bangkok.

GUARDIA.— Hoy es mi día de suerte.

VIAJERO.— Parece ser que sí.

GUARDIA.— Me gustaría hacer esa llamada de la que hablábamos antes.

VIAJERO.— No tenemos tiempo. Hemos de embarcar.

GUARDIA.— ¿Usted también viene?

VIAJERO.— Si no le importa.

GUARDIA.— Bangkok. ¿Qué tiempo hace allí?

VIAJERO.— Temporada de lluvias.

GUARDIA.— No estoy preparado.

VIAJERO.— Haremos una escala a medio camino y podrá comprar todo lo necesario.

GUARDIA.— No estoy preparado.

VIAJERO.— ¿Le da miedo volar?

GUARDIA.— Mucho.

VIAJERO.— No se preocupe. Llevo medicinas que le ayudarán a hacerlo más soportable.

GUARDIA.— Gracias. (*Pausa*) Jamás imaginé que vería un avión en este aeropuerto...

VIAJERO.— Era difícil imaginarlo.

GUARDIA.— Suena a ciencia ficción.

VIAJERO.— No es ciencia ficción. Está sucediendo.

GUARDIA.— Nadie me creerá cuando lo cuente.

VIAJERO.— No creo que deba preocuparse por eso. *(Pausa)* Tenemos que irnos.

GUARDIA.— Es un milagro.

VIAJERO.— Quería preguntarle... ¿Le importa que me quede el guante?

GUARDIA.— No. Quédeselo.

VIAJERO.— Gracias. Entonces me lo llevo. De recuerdo. *(Pausa)* ¿Qué? ¿Vamos?

GUARDIA.— Un verdadero milagro.

El viajero se levanta y coge su maleta. Se aleja hacia el lateral y luego se detiene. Se gira hacia el guardia de seguridad. Tras unos segundos, este se levanta y se acerca a los ventanales, dándole la espalda al público. Y así, mientras observa el aeropuerto, lentamente se hace el oscuro.

Colección de Teatro

Teatro autor

- 1. El baile de los ardientes**
Francisco Nieva
- 2. Oportunidad: bonito chalet familiar**
Juan José Alonso Millán
- 3. Feliz aniversario**
Adolfo Marsillach
- 4. Operación ópera**
Ignacio García May
- 5. La mirada del hombre oscuro**
Ignacio del Moral
- 6. El señor de las patrañas**
Jaime Salom
- 7. Pop y patatas fritas**
Carmen Resino
- 8. Pisito clandestino**
Antonio Martínez Ballesteros
- 9. El dragón de fuego**
Roma Mahieu
- 10. Gracias, abuela...**
Sebastián Junyent
- 11. Pasarse de la raya**
Juan José Alonso Millán
- 12. Indian summer**
Rodolf Sirera
- 13. Cena para dos**
Santiago Moncada
- 14. Matrimonio para tres**
Antonio Martínez Ballesteros
- 15. Un millón por una rosa**
María Luisa Luca de Tena
- 16. Trescientos veintiuno, trescientos veintidós**
Ana Diosdado
- 17. Morirás de otra cosa**
Manuel Gutiérrez Aragón
- 18. Trampa para pájaros**
José Luis Alonso de Santos
- 19. Los gatos**
Agustín Gómez Arcos
- 20. Palomas intrépidas**
Miguel Sierra
- 21. Columbi lapsus**
Albert Boadella
- 22. Un hombre de cinco estrellas**
María Manuela Reina
- 23. El hombre del Taj Mahal**
Santiago Moncada
- 24. Caballos de mar**
Rodolf y Josep Lluís Sirera
- 25. Desnudos**
Joan Casas
- 26. Para-lelos 92 / Reservado el derecho de admisión**
Petra Martínez y Juan Margallo
- 27. Los figurantes**
José Sanchis Sinisterra
- 28. Entre tinieblas**
Fermín Cabal y Pedro Almodóvar
- 29. Ya tenemos chica**
Juan José Alonso Millán
- 30. Caprichos**
Santiago Moncada
- 31. Los españoles bajo tierra**
Francisco Nieva
- 32. El viaje infinito de Sancho Panza**
Alfonso Sastre

33. **Una hoguera al amanecer**
Jaime Salom
34. **¡Anda, mi madre!**
Juan José Alonso Millán
35. **La pasión de amar**
Joaquín Calvo-Sotelo
36. **Manzanas azules, higos celestes**
Alberto Miralles
37. **Teledium**
Albert Boadella
38. **Don Juan último**
Vicente Molina Foix
39. **Casi una diosa**
Jaime Salom
40. **Vis a vis en Hawai**
José Luis Alonso de Santos
41. **Nosferatu**
Francisco Nieva
42. **Sólo, sólo para mujeres**
Sebastián Junyent
43. **Comisaría especial para mujeres**
Alberto Miralles
44. **La posada del Arenal**
Eduardo Galán y Javier Garcimartín
45. **Siempre en otoño**
Santiago Moncada
46. **Auto / Retén**
Ernesto Caballero
47. **Picasso andaluz, la muerte del Minotauro / Piel de toro**
Salvador Távora
48. **Las señoritas de Siam**
Ever Martín Blanchet
49. **Noches de amor efímero**
Paloma Pedrero
50. **Perdonen la tristeza / Obra póstuma**
Eusebio Calonge
51. **¡Viva el cuponazo!**
Rafael Mendizábal
52. **Sólo para parejas**
Juan José Alonso Millán
53. **Marina**
Luis Olmos
54. **Oscar & Sherlock**
Santiago Moncada
55. **Annus horribilis**
Francesc Lucchetti Farré
56. **Mariposas negras**
Una noche con Clark Gable
Jaime Salom
57. **Los bellos durmientes**
Antonio Gala
58. **La tuerta suerte de Perico Galápagos**
Jorge Márquez
59. **El cerco de Leningrado**
José Sanchis Sinisterra
60. **Feliz cumpleaños, Sr. Ministro**
Rafael Mendizábal
61. **Yo tengo un tío en América**
Albert Boadella
62. **¡Hombres!**
Companyia T de Teatre
63. **La taberna de los Cuatro Vientos**
Alberto Vázquez Figueroa
64. **E. R.**
Josep M. Benet i Jornet

65. **Chapó**
Jordi Beguería
66. **La senyora Florentina i el seu amor Homer**
Mercè Rodoreda
67. **Saxo tenor**
Roberto Vidal Bolaño
68. **Rodeo / Libración**
Lluïsa Cunillé
69. **Cristal de Bohemia**
Ana Diosdado
70. **La sombra del Tenorio**
José Luis Alonso de Santos
71. **Mujeres frente al espejo**
Eduardo Galán
72. **Hora de visita**
José Luis Alonso de Santos
73. **Tiempo de ensayo**
Gerard Vázquez
74. **La trama**
Jaime Salom
75. **Usted no sabe con quién está hablando**
Juan José Alonso Millán
76. **El jardín de nuestra infancia**
Alberto Miralles
77. **Mejor en octubre**
Santiago Moncada
78. **Veinte años no es nada**
Stop Madrid
Eduardo Recabarren
79. **La tumba de Antígona**
María Zambrano
80. **Cásting**
Roger Justafre
81. **De cómo Antoñito López, natural de Játiva, subió a los cielos**
Rafael Mendizábal
82. **Yonquis y yanquis**
José Luis Alonso de Santos
83. **Locas de amar**
Paloma Pedrero
84. **Hijos de la niebla**
Roger Justafre
85. **Oxo**
Joan Guasp
86. **La abuela echa humo**
Rafael Mendizábal
87. **Krámpack**
Jordi Sánchez
88. **¿Y ahora, qué?**
Santiago Moncada
89. **Eutanasio**
Manuel Ruiz-Castillo
90. **Después de la lluvia**
Sergi Belbel
91. **Danzón de perras**
Luis Riaza
92. **Picospardo's**
Javier García-Mauriño
93. **Ocaña, el fuego infinito**
Andrés Ruiz López
94. **Las reglas del género (Maror)**
Rodolf Sirera
95. **Metro**
Francisco Sanguino y Rafael González
96. **Salvajes**
José Luis Alonso de Santos
97. **Recreo**
Manuel Veiga

- 98. El otro William**
Jaime Salom
- 99. La Ley Sorda**
Mobilis in mobili
José Bea Mataix
- 100. El Nacional**
Albert Boadella
- 101. Lencería fina**
Enrique Bariego
- 102. Esta noche no estoy para nadie**
Juan Carlos Rubio
- 103. Dakota**
Jordi Galceran
- 104. Marsal Marsal**
Perdida en los Apalaches
José Sanchis Sinisterra
- 105. Pregúntame por qué bebo**
La orquesta sólo toca para mí
Juan Carlos Ordóñez
- 106. Te vas, me dejas y me abandonas**
(Mutis)
Julio Escalada
- 107. Mirador**
Paco Zarzoso
- 108. Los restos**
Raúl Hernández Garrido
- 109. Miguel Will**
José Carlos Somoza
- 110. Criaturas**
Companyia T de Teatre
- 111. Contigo aprendí**
Rafael Mendizábal
- 112. Una hora de felicidad**
Manuel Veiga
- 113. No faltéis esta noche**
Santiago Martín Bermúdez
- 114. Mandíbula afilada**
Carles Alberola
- 115. Cartas de amor a Stalin**
Juan Mayorga
- 116. Suite / Combate**
Carles Batlle
- 117. El niño del Hospital Italiano**
Despropósitos
Eduardo Recabarren
- 118. Píntame en la eternidad**
Alberto Miralles
- 119. ¿Le gusta Schubert?**
Rafael Mendizábal
- 120. Más o menos amigas**
Una hora sin televisión
Jaime Salom
- 121. ¡Entiéndemetúamí!**
Eloy Arenas
- 122. Tres (+1)**
Antonio Jesús González
- 123. Una estrella**
Besos de lobo
Paloma Pedrero
- 124. Gorditas**
Gustavo Ott
- 125. Las manos**
José R. Fernández
Yolanda Pallín
Javier G. Yagüe
- 126. Caos**
Antonio Álamo
- 127. Qué asco de amor**
Yolanda García Serrano

- 128. El último verano**
Coté Soler
Raquel Pérez
- 129. Precisamente hoy**
Josep M. Benet i Jornet
- 130. La cruzada de los niños de la calle**
Claudia Barrionuevo
Dolores Espinoza
Christiane Jatahy
Iván Nogales
Aristides Vargas
Víctor Viviescas
- 131. No es tan fácil**
Paco Mir
- 132. ¡Santiago (de Cuba) y cierra España!**
Ernesto Caballero
- 134. 23 centímetros**
Carles Alberola
Roberto García
- 135. Despedida II**
Antonio Morcillo
- 136. Desnudas**
Roberto Santiago
- 137. “Pa siempre”**
Sebastián Junyent
- 138. Las señoritas de Aviñón**
Jaime Salom
- 139. Buñuel, Lorca y Dalí**
Alfonso Plou y Teatro del Temple
- 140. Última batalla en El Pardo**
José María Rodríguez Méndez
- 141. Los amantes del demonio**
Alberto Miralles
- 142. La vesícula de Aristóteles**
Miguel Ángel Zamorano
- 143. Esmoquin**
Santiago Moncada
- 144. La comedia de Carla y Luisa**
J. L. Alonso de Santos
- 145. Carta de amor / Vuela hacia Cecilia**
Fernando Arrabal
- 146. Invierno (Cuatro estaciones)**
Julio Escalada
- 147. Para los recuerdos**
Liliana Pérez
- 148. En el túnel un pájaro**
Paloma Pedrero
- 150. Defensa de dama**
Isabel Carmona
Joaquín Hinojosa
- 151. Mi relación con la comida**
Angélica Liddell
- 152. Magia Café**
Paloma Pedrero
- 153. Esmoquin 2 (Un año después)**
Santiago Moncada
- 154. Tentación**
Carles Batlle
- 155. Ana en el trópico**
Nilo Cruz
- 156. Once voces contra la barbarie del 11-M**
VV AA
- 157. Humo**
Juan Carlos Rubio
- 158. El método Grönholm**
Jordi Galceran
- 159. La curva de la felicidad o la crisis de los 40**
Eduardo Galán / Pedro Gómez

- 160. Fuso Negro**
Eva Hibernia
- 161. ¡¡¡Mamáááá!!!**
Jordi Sánchez / Pep Anton Gómez
- 162. Almacenados**
David Desola
- 163. Desconcierto**
Santiago Moncada
- 164. En cualquier otra parte**
Alejandro Mañas
- 165. Cartones**
Manuel Veiga
- 166. Diálogo de sombras**
Rafael Campos
- 167. Al menos no es Navidad**
Carles Alberola
- 168. Barcelona, mapa de sombras**
Lluïsa Cunillé
- 169. En la Toscana**
Sergi Belbel
- 170. En experimentos con ratas**
Antonio Morcillo López
- 171. La alambrada**
Marco Canale
- 172. Carnaval**
Jordi Galceran
- 173. Segunda mano**
Algún amor que no mate
Dulce Chacón
- 174. La boda**
Carmen Resino
- 175. Esta noche no hay cine**
La pecera y el mar
Jaime Salom
- 176. Rebeldías posibles**
Luis García-Araus
Javier García Yagüe
- 177. NN12**
Gracia Morales
- 178. La Vampira del Carrer Ponent**
o Els misteris de Barcelona
Josep Arias Velasco
- 179. Los cuerpos perdidos**
José Manuel Mora Ortiz
- 180. Patadas**
Antonio Álamo
- 181. Friday**
Irma Correa
- 182. Wilde, being Earnest**
Ozkar Galán
- 183. Amargura 275**
Carlos Contreras Elvira
- 184. El veneno del teatro / Trío**
Rodolf Sirera
- 185. I Laboratorio de escritura teatral**
Pascual Carbonell
Ana Graciani
César López Llera
Vanessa Montfort
Paco Romeu
- 186. Estado de gracia**
Fernando Epelde

Teatro infantil y juvenil (Fundación SGAE /Anaya)

El árbol de Julia

Luis Matilla

La ciudad de Gaturguga

José González Torices

La caja de música

Alfonso Zurro

Manzanas rojas

Luis Matilla

Tira-tira o La fábrica de tiras

Agustí Franch Reche

Se suspende la función

Fernando Lalana

Dora, la hija del Sol

Carmen Fernández Villaba

Animaladas

Rafael Alcaraz Sánchez

¿Es tuyo?

Josep Albanell

Au revoir, Marie

Tina Rodríguez Olivares

Barriga

Juanluís Mira

El chip experimental

Ignasi García Barba

Descubriendo, que es gerundio

Alberto Iglesias González

Sumergirse en el agua

Helena Tornero

El último curso

Luis Matilla

Blanco (el libro que nació sin tinta)

Ángel Solo

La comedia Borja

Ignasi Moreno

Lejos

Magda Labarda

Víctor Osama

Francesc Adrià

Las piernas de Amaidú

Luis Matilla

De aventuras

Gracia Morales

Lumen, el guerrero de la luz

Mariano LLoret

Los chicos del barracón n.º 2

Luis Matilla

Premios Leopoldo Alas Mínguez

De hombre a hombre

Mariano Moro Lorente

Levante

Carmen Losa

La playa de los perros destrozados

Nacho de Diego

Cliff (Acantilado)

Alberto Conejero

Beca y Eva dicen que se quieren

Juan Luis Mira Candel

El año que mi corazón se rompió

Íñigo Guardamino

Eudi

Itziar Pascual

Teatro homenaje

Hermógenes Sainz
Historia de los Arraiz

Antonio Buero Vallejo
Las trampas del azar

José López Rubio
La otra orilla

Lauro Olmo
Pablo Iglesias

Fernando Fernán-Gómez
Los invasores del palacio

Adolfo Marsillach
Extraño anuncio

Antonio Gala
El caracol en el espejo

El mercader de ilusiones
La historia de Gregorio Martínez Sierra y Catalina Bárcena
Enrique Fuster del Alcázar

José María Rodríguez Méndez
El pájaro solitario

Biografías / Memorias

Desde el escenario. Reflexiones y recuerdos
Jaime Salom

Francisco Nieva. Artista contemporáneo
VV AA

Gerardo Vera. Reinventar la realidad
Jorge Gorostiza

M.ª Teresa León. Memoria de la hermosura
Olga Álvarez (Coord.)

Antologías

Salvador Távora y la Cuadra de Sevilla
Tres décadas de creación teatral
Salvador Távora

Manuales / Guías

Manual de producción, gestión y distribución del teatro
(3ª ed. totalmente revisada por el autor)
Jesús F. Cimarro

Dramaturgia española de hoy
Fermín Cabal

Mujeres creadoras

Nuria Espert
Juan Cruz

Pequeño autor

Esto no es lo mío
María Vassart. Ils.: Noemí Villamuza

El misterio de la ópera
Norma Sturniolo. Ils.: Fernando Vicente

El niño que voló detrás de un escenario
Yolanda García Serrano. Ils.: Irene Becker

El mundo de Ariel
Marga Platel-Mateu Estarellas. Ils.: Mateu Estarellas



Esta publicación ha sido realizada íntegramente en papel ecológico libre de cloro